LA HISPANO-CUBANA,

Establecimiento literario comercial,
de los señores Gullon, Lujan y Franco.

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

Lope



MADRID.

Imprenta de la **Viuda de D. R. J. Dominguez,**
calle de Hortaleza núm. 67.
1850.

8

OBRAS PUBLICADAS.

La creacion del mundo y el diluvio universal, **del señor D. José Zorrilla**, en 3 actos precedido de un prólogo en verso

¡Es un ángel!, **del señor Suarez Bravo**, 3 id. en id.

Trabajar por cuenta agena, **del señor Cazurro**, 3 id. en id.

La gloria del arte, **de los señores Asquerino**, 3 id. en id.

Juan sin tierra, **del señor Diaz**, 4 id. en id.

D. Sancho el Bravo, **del señor D. Eusebio Asquerino**, 3. id. en id.

Para heridas las de honor ó el desagravio del Cid, **del señor Galvez Amandi**, 5 id. en id.

Mi mamá, **del señor Serra**, 1 id. en id.

El 5 de agosto, **del señor Tamayo**, 4 id. en id.

Los amantes de Chinchon *(parodia de los Amantes de Teruel)*, **de los señores Villergas, Príncipe, Larrañaga, Asquerino y Estrella**, 1 id. en id.

Juan sin pena, **del señor Rosa**, 3 id. en id.

El ensayo de una ópera, *(zarzuela)* 1 en prosa y verso, **del señor Peral**.

Un dómine como hay pocos, 1 en prosa, **del señor Peral**.

Las guerras civiles, **de los señores Asquerino**, 3 id. en verso

Traidor inconfeso y mártir, **del señor Zorrilla**, 3 id. en id.

La banda de la condesa, **del señor D. Antonio Cortijo Valdés**, 3 id. en id.

Nobleza contra nobleza, **del señor D. J. Heriberto García de Quevedo**, 3 id. en id.

Un amor a la moda, **de los señores D. Jacinto Perez Duro y D. Luis Rivera**, 1 id. en id.

Hacer cuenta sin la huéspeda, **del señor D. Francisco Flores Arenas**, 3 id. en id.

La madre de san Fernando, **del señor D. Cayetano Rosel**, 4 id. en id.

Los Amantes de Teruel, **del señor Hartzembusch**, refundida nuevamente para el teatro Español, 4 id, prosa y verso.

Un page y un caballero, **por el señor D. J. Heriberto García de Quevedo**, 3 id. en verso.

Don Bernardo de Cabrera, **del mismo señor de Quevedo**, drama trágico, 4 id. en id.

Arcanos del alma *(1ª. parte)*, **por D. E. Asquerino**, 3 id. id.

Una falta, **por D. José M. Hulce**, 3 id. en id.

Las flores de don Juan ó rico y pobre trocados, comedia original de **Lope de Vega**. Refundida en 5 actos, **por don Patricio de la Escosura.**

LAS FLORES DE D. JUAN

ó

RICO Y POBRE TROCADOS.

COMEDIA ORIGINAL DE LOPE DE VEGA.

REFUNDIDA EN CINCO ACTOS

POR D. PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Representada con aplauso en el Teatro Español.



MADRID: 1849.

Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,
calle de Hortaleza núm. 67.

ACTORES.	PERSONAGES.	
Diez.	La condesa de la Flor.	
Palma.	Doña Constanza.	*Damas sus amigas.*
Chafino.	Doña Ines. . .	
Noriega.	Rosela. . . .	*Damas cortesanas.*
Duran.	Celinda. . . .	
Romea.	D. Juan de Fox, *hermano segundo de*	
Calvo.	D. Alonso de Fox, *caballero primogénito.*	
Guzman.	German, *lacayo de D Juan.*	
Soto.	Octavio, *mayordomo de D. Alonso.*	
Torroba.	Durango, *escudero de la condesa.*	
Martinez.	Camilo, *criado de D. Alonso.*	
Sobrado.	El capitan Leonardo.	*Caballs. de Valencia.*
Osorio.	D. Luis	
Pardiñas.	D. Francisco . . .	
Maffei.	Un mercader.	
Fabiani.	Un espadero.	
Alisado.	Un platero.	
	Músicos. .	*No hablan.*
	Cantores .	
	Caballeros.	
	Damas . .	
	Pages. . .	
	Pueblo . .	

La escena es en Valencia en el reinado de Felipe III.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de D. Alonso, ricamente amueblada. Puertas, al foro que da á la calle, y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. Alonso, *acabando de vestirse.* Octavio. *Luego* Camilo.

Alonso. ¿Está acabado el vestido?
Octavio. Las calzas faltan no mas.
Alonso. Que descuidado que estás!
Camilo. (*Saliendo.*) El espadero ha venido. (*Vase.*)

ESCENA II.

Dichos.—El Espadero, *con una espada.*

Espadero. Aquí está la guarnicion.
Alonso. Vengais, maestro, en buen hora.
Espadero. ¿Está á tu contento ahora?
Alonso. Está á mi sasisfaccion.
Espadero. Cortará un hombre.
Alonso. Es famosa.
Espadero. Cortará en el mismo viento

la bolsa de un avariento,
aunque no hay tan dura cosa.

ALONSO. Pues no lo direis por mí,
que no gasto mal mi hacienda.

ESPADERO. Antes hareis que se estienda,
señor, vuestra fama así;
que aunque sois gran caballero,
y acabado de heredar,
mas grande os hace el gastar
liberalmente el dinero.

CAMILO. (*Saliendo.*) El platero quiere verte. (*Vase.*)

ALONSO. Como luce el dinerillo!

ESCENA III.

DICHOS.—EL PLATERO, *con un estuche de zapa.*

PLATERO. Aquí traigo el cabestrillo. (*Dale el estuche.*)

ALONSO. Muy bien están de esta suerte
los diamantes, y mejor
se casan los dos colores.

CAMILO. (*Saliendo.*) Seis muestras trae mejores
el calcetero, señor.

ALONSO. Al juego de la pelota
di que las lleve esta tarde;
ó que un instante se aguarde. (*Vase Camilo.*)

OCTAVIO. ¡Que San Juan, lo que alborota!

ALONSO. Despacha, Octavio, á los dos:
lo que te pidieren, da.

OCTAVIO. Maestros, entren acá.

ESPADERO. Gracias mil.

PLATERO. Guárdete Dios!

ESCENA IV.

D. ALONSO.—*Despues* LEONARDO. D. LUIS Y D. FRANCISCO.

LEONARDO. Aun no se habrá levantado,
si anoche salió á rondar.

ALONSO. Bien me suelo levantar
la noche que no he jugado;
que esa es ronda para mí

que hasta el alba me desvela.

LUIS. ¿Vísteis anoche á Rosela?

ALONSO. Anoche á Rosela ví:
mas cánsame, vive Dios,
el verla entre tantas viejas,
de mis agüeros cornejas.

FRANCISCO. ¿Muchas os parecen dos?

ALONSO. Cuando Dios las repartiera
entre la tierra y el mar,
habia para cansar
otros mil mundos que hubiera.
Y puedo en razon quejarme,
que para llegar á ver
á Rosela, he menester
en mil viejas anegarme.
Una me pide el vestido,
otra el regalo, otra quiere
dinero seco, otra muere
por contarme lo que ha sido
con señas tan pertinentes,
que sin sentido me deja.

LUIS. ¡Que cosa es ver una vieja
con mas historias que dientes!
Mas sabed que unas famosas
damas cerca descubrí.

ALONSO. Hay para todos?

LUIS. No y si.

ALONSO. Son hermosas?

LUIS. Muy hermosas.

ALONSO. Cantan?

LUIS. Ni por pensamiento.

ALONSO. Piden?

LUIS. No dan pesadumbre.

ALONSO. Son discretas?

LUIS. Por costumbre.

ALONSO. Pues que buscan?

LUIS. ¡Casamiento!

(*Hacen todos ademan de renunciarlas.*)

LEONARDO. Dejadlas: venid á ver
de cierta viuda al fresco,
con mas color que un tudesco,
el inmortal parecer.

LUIS. ¿De tal palabra te vales?
LEONARDO. Cierto amigo de sus famas
á las que ha dias son damas,
las llama las inmortales.
FRANCISCO. Si la cuarentigia edad
no os causa grande pavura,
Lisarda es alta figura:
allá esta noche cenad,
y os dará en donaire y brio,
aseo, gala y limpieza
lo que le falta en belleza.
ALONSO. ¡La Lisarda es lindo avío!
(*Salen Octavio y Camilo.*)
Vamos y al vuelo matemos
donde se encuentre la caza.
FRANCISCO. ¿Y entre tanto que se traza?
LUIS. Paréceme que juguemos.
ALONSO. Si tal; hasta la comida.
FRANCISCO. ¿Quereis al *hombre* jugar?
ALONSO. Como nos suele pelar,
con el *hombre* nos convida.
LEONARDO. ¿A como el tanto ha de ser?
FRANCISCO. Alonso!
ALONSO. A doblon.
LUIS. ¡Braveza!
ALONSO. Jugaremos en la pieza
donde solemos comer.
LEONARDO. Yo prefiriera los dados;
pero en todo gusto os doy.

ESCENA V.

OCTAVIO. CAMILO.

OCTAVIO. Estos acá comen hoy.
CAMILO. Platos no hay aderezados.
OCTAVIO. Haz que añadan dos ó tres:
dos de carne, uno pescado.
CAMILO. Voy.
OCTAVIO. Di que tengan cuidado. (*Vase Camilo*).
¡Estraña la vida es
de un mozo rico y soltero!

¡Que desfrenado que corre!!

ESCENA VI.

OCTAVIO. DON JUAN, *pobremente vestido de bayeta.* GERMAN *igualmente mal ataviado.*

JUAN. Si ahora no me socorre,
irme de Valencia quiero.
GERMAN. Mal pasarás sin tener
para el dia de san Juan
un vestido de galan,
si es que ya se puede hacer.
JUAN. Deme mi hermano el dinero....
(Si del se puede lograr
que es mas fácil conquistar
en la China un reino entero).
Que esta noche basta.
GERMAN. Aqui
está el mayordomo...
JUAN. Aguarda!
GERMAN. ¿Qué tiemblas? ¿Qué te acobarda?
JUAN. La desdicha en que nací.
¡Señor Octavio!
OCTAVIO. ¡Don Juan!
(*Durante esta escena Octavio habla á don Juan sin insolencia, pero con cierto aire protector mal rebozado en las formas del respeto*).
JUAN. ¿Y mi hermano?
OCTAVIO. Adentro juega.
GERMAN. ¡A qué lindo tiempo llega!
JUAN. ¿Con quién?
OCTAVIO. Está el capitan
Leonardo, con don Luis,
don Francisco.
JUAN. Diversion
será.
OCTAVIO. No; el tanto á doblon.
GERMAN. ¡Ay, es un grano de anis!
JUAN. Yo quiero, señor Octavio,
que para vestir me deis,
que ando ahora como veis;

y es de don Alonso agravio
que salga un hermano suyo
tal en dia de san Juan.
Yo tan pobre, él tan galan,
lo que han de decir arguyo,
con mirarle y verme á mí:
que para tanta riqueza
es notable la pobreza
en que me trae.

OCTAVIO. Es así:
mas él me tiene ordenado
que aun para medias no os dé
sin avisarle.

JUAN. ¿Y por qué?
¿Soy algun bastardo, echado
á la puerta de su casa?
¿Soy falto de entendimiento?
¿Soy hombre sin fundamento?
¿Deshónrole yo?

OCTAVIO. Esto pasa.

JUAN. ¿Qué bajezas hago yo?
¿Ando en malas compañías?
¿Pierdo noches, gasto dias?

OCTAVIO. Esto, don Juan, me mandó.

JUAN. Para usar tal crueldad
causas debe haber muy grandes.

OCTAVIO. Veros, don Alonso, en Flandes
quiere, y acierta en verdad;
que allí al cabo de seis años
el Rey un hábito os diera.

JUAN. No me hableis de esa manera!

OCTAVIO. Allá en los reinos estraños
no están las segundos mal;
sí, donde tarde nacieron.

JUAN. ¿Los primogénitos fueron
de sangre mas natural,
para que sean los reyes,
y sus esclavos los otros?

OCTAVIO. No lo juzguemos nosotros:
eso disponen las leyes.
Si vuestro bien dependiera
de mí, sabeis mi deseo.

JUAN. A Flandes! Lindo rodeo!
Ya se yo lo que él quisiera:
que nos quitaran allá
la vida á mí un mosquetazo,
y á él mi muerte el embarazo
que le causo por acá.
¿A que un hábito pretenda
me envia?

OCTAVIO. ¿Y es maravilla?

JUAN. Pues hame dado ropilla
para que el hábito estienda?
¿Quiere que el hábito en mí
parezca cruz en rincon?
¡Juega el tanto de á doblon
y deja á su hermano así!
¿Fuera mucho de barato
vestirme para san Juan?
¡Tu tan rico, tan galan!
¡Yo tan pobre, hermano ingrato!

GERMAN. ¡Pardiez, señor mayordomo
que es nuestro hermano mayor
un terrible gran señor,
muy como, que sé yo como!
¡Tratar á su hermano así!

OCTAVIO. ¡Miserable! Vos hablais?

GERMAN. El nombre que me llamais
muy ancho me viene á mí,
pues que le cuadra á don Juan,
porque lo quiere su hermano.

OCTAVIO. Don Juan, el discurso es vano:
cumplo la órden que me dan.
Hablaré por vos en esto,
y si él lo manda, se hará.

ESCENA VII.

D. JUAN. GERMAN.

JUAN. ¿No ves con lo que se va?

GERMAN. Descolorido te has puesto.

JUAN. Cuando te injurió el picaño
quise la espada sacar,

y de sus carnes cortar
con que te vistieras, paño!
¿Hay desvergüenza como esta?
¿Contaráse de hombre honrado
que haya á la infamia llegado
de que le den tal respuesta?
«Yo hablaré por vos en esto,
y si él lo manda, se hará.»

GERMAN. Ese sirve, en fin, y está
á la obediencia dispuesto;
mas es terrible á un criado
oir, si tiene poder;
«Es órden, no puedo hacer
mas de lo que está ordenado.»
y otras frialdades así,
espetadas en un palo.

JUAN. No hubiera sido muy malo,
llevase alguno de mí.

GERMAN. Dále tiempo á la fortuna;
ya podrá ser que varíe.

JUAN. No me digas que confíe
en mi mal mudanza alguna.

GERMAN. ¡Conténtate con que el cielo
galan te hizo, honrado y sabio;
la pobreza no es agravio!
Vive Dios que me consuelo,
cuando voy detras de tí
y dicen: ¡Qué talle y cara!
¡Que este mozo no heredara
y no aquel tonto!

JUAN. Ay de mí!

GERMAN. ¡Ay del necio, y ay de quien
lleva la fortuna en popa,
si en algun escollo toca,
ó da la barca un vaiven!
Mas con ingenio y valor,
virtud y nobleza rancia
con tu invencible constancia,
no hará un milagro el amor?

JUAN. No hables en tal desvarío.

GERMAN. ¿No es la condesa muy bella?

JUAN. En mi noche es clara estrella,

dulce iman de mi albedrío.

GERMAN. ¿No la sigues?

JUAN. Girasol
soy de su luz, soy su espía;
en su calle me halla el dia,
y al ponerse me halla el sol.

GERMAN. ¿Y ella?

JUAN. German, no me mira.

GERMAN. ¿Quién sabe si de reojo?..

JUAN. ¡Loco!

GERMAN. ¡Tal puede un antojo!

JUAN. ¡German, tu hambre delira!
Yo la amo cual se ama á Dios.

GERMAN. Tal digo: fé y esperanza,
que es como el cielo se alcanza.

JUAN. No hay medio.

GERMAN. Quered los dos.

JUAN. Ella es rica y encumbrada,
yo un mendigo caballero;
ni aun sabe que yo la quiero,
su boda tiene tratada:
mi amor, German, es delirio,
amo solo por amar,
y del no debo esperar
mas palmas que de martirio.

GERMAN. Podrá ser!—Por solazarte
juega tú tambien un poco.

JUAN. ¿Yo? ¿Qué y con quien? ¿Estás loco?

GERMAN. Mi racion voy á prestarte.
(*Le da dinero en cobre.*)

JUAN. Quiero estar pobre y no triste:
de dos males el menor.

GERMAN. ¡Ea, animate, señor!

JUAN. Buena ocurrencia tuviste!
¿Y con quién he de jugar?

GERMAN. Conmigo.

JUAN. ¿Contigo?

GERMAN. Sí.

JUAN. ¿Qué hará quien me viere aquí
jugar contigo?

GERMAN. Callar.
Como cruzar el acero

con el que diere ocasion,
asi el jugar es razon
con quien tragere dinero.

JUAN. Entra por una baraja,
que no pocas hay allá.

GERMAN. Aquí la baraja está (*Sácala del pecho.*)

JUAN. ¿En el pecho?

GERMAN. Si es mi alhaja!

JUAN. Arrastra el bufete aquí,
y en estas sillas sentados,
juguemos nuestros cuidados
que quizá los pierda así. (*Siéntanse y juegan.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. ROSELA y CELINDA *con mantos.*

ROSELA. Mi fama no he de perder
porque le venga á buscar.

(*Celinda viendo á los que juegan hace seña á Rosela para que calle y se tape bien con el manto.*)

CELINDA. Calla ya.

ROSELA. ¿Que hacen?

CELINDA. Jugar;
Y es su hermano!

ROSELA. ¡Que ha de ser!

CELINDA. Digo que sí.

ROSELA. Lindo ensayo!
¡Él se cria en buena escuela!

CELINDA. ¡Por vida tuya, Rosela,
que juega con su lacayo!

JUAN. Seis bazas hice.

GERMAN. Yo tres.

CELINDA. ¡Que un hombre tan principal
trate á su hermano tan mal!

ROSELA. Infamia y lástima es.

GERMAN. Dame cartas.

ROSELA. ¿Jueganplata?

CELINDA. Cobre y poco es lo que ví.

ROSELA. Don Juan se entretiene así:
el pobre con pobres trata.

CELINDA. ¿No tiene gallardo talle?

Rosela. Y estremado entendimiento.
Celinda. El verle tan pobre siento.
Rosela. Yo no me atrevo á miralle.
Celinda. A ese hombre quisiera yo,
y me vendiera por él.
Rosela. ¿Hablamosle á ese doncel?
German. La malilla.
Celinda. ¿Por que no?
German. ¿Hay oros?
Juan. A quien le sobre.
German. Oros juego.
Juan. No he tenido
oro en mi vida.
German. Y yo he sido
hasta en los de naipes, pobre.
¿Hay caballo por ahí?
Juan. ¿Cuando tuve yo caballo?
Celinda. Turbada estoy.
German. Juego.
Juan. Fallo.
Rosela. Yo, Celinda, iré por tí.
(Se llegan á ellos que se levantan.)
¿Quiéreme vuesa merced,
señor don Juan, dar barato?
German. ¡Damas!
Juan. Pesie al tiempo ingrato!
Rosela. Si ganais, barato haced
á dos servidoras vuestras.
Juan. Por Dios, señoras tapadas,
que me pedis engañadas;
sino, díganlo las muestras.
Pero tomen, vive Dios,
lo que hay: serán tres reales,
y quizá no estén cabales,
que juntamos entre dos.
Mas es que darles mi hermano
tres mil escudos.
Celinda. Creed
que me haceis mayor merced.
German. (¿Tomáronlos?)
Juan. (Con la mano.)
Celinda. D. Juan, vos nos habeis dado

barato.

JUAN. Cuanto tenia
os dí, que la suerte mia
me tiene en tan mal estado.

CELINDA. Yo me siento agradecida
de suerte...

JUAN. Tendreis por loco
á quien tal da.

CELINDA. Que son poco
para pagar alma y vida.
Mas esto habeis de tomar.
(*Dándole un bolsillo.*)

JUAN. Avergonzaisme.

CELINDA. Eso no:
vuestro caudal tomé yo
primero, y puedo pagar;
poco es y de ello me pesa,
mas con el tiempo otro tanto...

GERMAN. Dadme acá, que él es un santo! (*A Celínda.*)
(La dama es de buena presa.) (*Oculta el bolsillo.*)

JUAN. (¿Tomaste?) (*A German.*)

GERMAN. Y mas tomaria.

JUAN. A cambio de voluntad (*A Celinda.*)
dais el dinero; fiad
que os vuelva el doble algun dia,
que ahora quiero poner
pleito por mis alimentos.

ROSELA. Pagad vos sus pensamientos (*Por Celinda.*)
que es lo que ella ha menester,
y tomad estas sortijas
que yo como amiga os doy.

JUAN. (Tomarelas?) (*A German.*)

GERMAN. ¡Por quien soy,
no seas necio, no me aflijas!
(*Toma la sortija D. Juan.*)
toma, don Juan, las sortijas.

JUAN. ¡Tal merced! ¿Mas no me honrais
con veros? (*Va á descubrirla.*)

ROSELA. Tened la mano.
Soy prenda de vuestro hermano.

JUAN. No será que os descubrais
vos tampoco.

CELINDA. A la que ver
quisísteis, pedid favor.
JUAN. ¿Celos?
CELINDA. Como sin amor?
JUAN. ¡Condicion debe de ser!
(*Vanse las dos por donde D. Alonso.*)

ESCENA IX.

D. JUAN. GERMAN.

JUAN. Las dos se han entrado allá.
GERMAN. Éntrense donde quisieren.
JUAN. ¿Quien serán?
GERMAN. Sean quien fueren,
tú tienes dineros ya
para salir mas galan
que el sol, de San Juan el dia.
¡Que dicha!
JUAN. No como mia.
GERMAN. Siendo mañana San Juan,
como ha de hacerse el vestido?
JUAN. Como eso puede el dinero!
Vestirme de blanco quiero.
GERMAN. ¿De blanco? Saldrás lucido;
pero ¿habrá en los cien escudos?...
JUAN. Con las sortijas si habrá.
GERMAN. Cual tu hermano quedará!
Y sus amigotes...
JUAN. Mudos.
GERMAN. Pero advierte que no escusas
el vestirme á mí tambien:
porque solo no vas bien.
JUAN. Invoca, German, las musas.
GERMAN. ¿Son las musas esas damas?
¿Pues no era mio el dinero?
JUAN. Vestirte de nuevo quiero.
GERMAN. Eres, Juan; gracia te llamas.

ESCENA X.

D. Juan y German *se retiran al foro.*—D. Alonso. D. Francisco. D. Luis. El Capitan.

Alonso. No sé por Dios quien son.
Leonardo. No digais eso!
Perder y levantaros no es sin causa,
y no sabiendo vos picaros, poco.
Luis. Pues á fé que lo estábades y tanto
que menos que las damas que vinieron,
no fuera el mundo parte á levantaros.
Francisco. Vuestro hermano está aquí.
Alonso. ¡Linda figura!
(*Mirándole con desden.*)
Leonardo. Mal haceis en tratarle de esta suerte.
Alonso. Váyase á Flandes. ¿Qué hace aquí mi hermano?
Sirva, pretenda como lo hacen otros;
venga con dos balazos, aunque traiga
el cuerpo en dos muletas; y esté cierto
que le traeré en carroza y daré galas.
Pero en Valencia haciendo picardias...
Leonardo. No quiero que digais que las costumbres
de don Juan no son buenas.
Alonso. ¡Buenas!
Leonardo. Tanto
que es tenido por hombre virtuoso.
Alonso. Tal tenga la salud quien eso dice!
Luis. Octavio me ha pedido que os suplique
vistais á vuestro hermano, que mañana
es dia de salir como segundo
de vuestra casa.
Alonso. ¡Gracia tiene Octavio!
Luis. ¿Erró mucho en echarme por tercero?
Leonardo. Deuda es de vuestra fama, don Alonso
honrar á quien ya honró vuestro apellido.
Alonso. Honra vaya á buscar en las batallas.
Francisco. Algo gastad en él de lo que al juego
malbaratar soleis, de lo que en joyas
gastais y en malhadadas golosinas,
con busconas, Alonso, con mozuelas.
Alonso. Gasto, señores de la hacienda mia:

nací para gastar, nací el primero,
don Juan para el trabajo que es segundo.
Si juego mi caudal, yo soy su dueño;
si gasto con mugeres, es mi gusto;
y á nadie, ¿me entendeis? debo dar cuenta.

FRANCISCO. ¿No la debeis, Alonso, ni á Constanza?

ALONSO. ¿Porque á casar con ella estoy tratado?
Cuentas podrá pedirle á su marido,
que espere, vive Dios, á que lo sea!
En tanto, libre soy y rico y mozo,
y principal, y vivo y triunfo y gasto!

LEONARDO. Pues sed con vuestro hermano generoso.

LUIS. Dadle para vestir algun dinero.

ALONSO. No lo he de hacer á fe de caballero.

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* D. ALONSO.

FRANCISCO. En hablándole en esto se apasiona.

LUIS. Es bárbaro con él.

FRANCISCO. Por qué, no acierto.

LEONARDO. Pienso que tiene envidia á su persona,
su valor, su gallardo entendimiento.

LUIS. Bien la puede tener.

GERMAN. Tu hermano es ido.
(*A D. Juan.*)
¿Que te pasa, señor, de mármol eres?

JUAN. ¿Y que otra cosa sea, como quieres
habiendo, sin matarle, tanto oido?

GERMAN. Mas duro es que una peña.

JUAN. No lamentes...
Con estos quiero hablar. Oh caballeros!
¿Quien de vuesas mercedes ha perdido?

LEONARDO. Todos hemos ganado, y solamente
vuestro hermano perdió.

JUAN. Pues no me pesa.

FRANCISCO. Barato os quiero dar.

LUIS. Yo haré lo mismo.

LEONARDO. Y yo tambien aunque he ganado poco.

JUAN. Parece que limosna os he pedido;
y tal estoy que pienso que la pido.

LEONARDO. No se ofenda, don Juan, vuestro decoro,
que no es baldon el recibir de amigos.
Sois galan, sois discreto, sois valiente,
mas pobre; y el diamante solo en oro
luce sus aguas puras refulgente.

FRANCISCO. Parte es de lo que arroja vuestro hermano,
lo que os ruego tomeis de nuestra mano.

LUIS. Fuera ya resistirse niñería.

JUAN. No aumenteis mi sonrojo, caballeros.
Os agradezco á fé la cortesía;
y si aceptar no puedo los dineros,
algo os quiero pedir que mas me importa.

LEONARDO. Decid, que estamos prontos á serviros.

LUIS. Disponed de mi casa y de mi hacienda.

FRANCISCO. De cuanto valgo y puedo os hago ofrenda.

JUAN. Yo he menester que el capitan Leonardo
un caballo me preste: porque quiero
salir al Grao, el alba de mi nombre.

LEONARDO. Os daré el blanco; y siempre que se ofrezca
están él y otros dos para serviros.

JUAN. Besoos las manos por merced tan grande,
no me atrevo á pedírselo á mi hermano
por que ha dado conmigo en ser tirano;
y atrévome á pedirosle, seguro
de la merced que siempre me habeis hecho.

LEONARDO. Ya estais de lo que os quiero satisfecho.

LUIS. Don Alonso tendrá sus convidadas
á lo que pienso, y no querrá testigos;
yo convido á don Juan.

JUAN. Besoos las manos.

LUIS. Y á los demas tambien.

LEONARDO. Por mí yo acepto.

FRANCISCO. Y yo tambien. A dios.

LUIS. Todos nos vamos.

GERMAN. Dios me ha venido á ver que en el tinelo
comiera mucho hueso, palo y pelo!

ESCENA XII.

DON JUAN Y GERMAN.

JUAN. Ahora al sastre, mi German

busquemos y al sombrerero;
lucirme en Valencia quiero
la mañana de san Juan.

GERMAN. ¡No me espera poco afan!
¿Cómo ha de ser mi librea?

JUAN. A tu gusto, German, sea.

GERMAN. Con poco que á ti te sobre
no ha de haber pariente pobre.
¿Será que rico te vea?

JUAN. No me atrevo ni á esperar.

GERMAN. ¿Ni siquiera en la condesa?

JUAN. Ya sabes, German, que en esa
plática no has de tocar.

GERMAN. Mañana la has de flechar
al mirarte tan bizarro.

JUAN. El sol refleja en el barro,
pero el barro en el sol no.
Harta gloria tengo yo
en verme uncido á su carro!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

Playa del Grao de Valencia, la mañana de san Juan. Buques anclados en el puerto, puestos de flores, frutas, dulces, etc. Gran movimiento de damas, galanes y pueblo.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA DE LA FLOR, *ricamente vestida con capa bordada de oro, y sombrero con plumas...* DOÑA CONSTANZA Y DOÑA INES, *con capotillos y sombreros elegantes, pero menos ricos.* DURANGO Y PAGES. *Oyese parar un coche.*

CONDESA. Parad el coche, parad;
que al muelle subir queremos.
CONSTANZA. Muy poco lugar tendremos,
que hay gente de la ciudad.
INES. No importa, lugar darán.
CONSTANZA. Hay tal vista!
CONDESA. Hay tal frescura!
INES. Añade al mar la hermosura
la mañana de san Juan.
CONDESA. Las aguas se están riendo.
DURANGO. Mejor se riera el vino
con un pernil de tocino.
INES. ¡Siempre el vino encareciendo!

DURANGO. ¿Qué armada en vino se anega?
¿Qué flota en él se perdió?
CONDESA. Aquí me sentara yo.
CONSTANZA. Page la alfombra nos llega.
(*Tiende el page la alfombra y con Durango acerca asientos.*)
INES. Buen sitio es el de la puente.
CONSTANZA. Remata dentro del mar.
DURANGO. Desde aquí podeis mirar
toda Berbería enfrente.
CONDESA. Anoche se viera bien
que en Argel, luces habria.
INES. ¿Sabeis vos la Berbería? (*A Durango.*)
DURANGO. Y la he pisado tambíen.
INES. ¿Morisco?
DURANGO. ¡Cristiano viejo!
La vi...
INES. ¿Galeote?
DURANGO. ¡Me irrita!
Soy Durango y soy Zurita...
Mas es muger y la dejo.
Argel, Tunez y Bugia (*A la condesa.*)
hácia aquella parte están,
adelante Mostagan
siguiendo de Oran la via.
INES. ¿Y la sierra de las monas
no está por cerca de allí?
DURANGO. No suelen hablarme á mí
otras tan nobles personas
de esa suerte, y he servido
en Castilla y Portugal.
INES. Yo no lo dige por mal.
CONDESA. Muy presto os habeis corrido
para ser tan cortesano,
y ser alba de san Juan.
DURANGO. Pues si de burlas están,
digan y tendreles mano. (*Música.*)
CONSTANZA. Gente de música viene
con grande grita y ruido;
cerca del mar se han venido,
será porque mejor suene.

ESCENA II.

DICHOS. MÚSICOS. CANTORES Y PUEBLO.

CORO. Salen de Valencia
noche de san Juan
galanes y damas
al fresco del mar.

CONDESA. Bien responden las orillas.
CONSTANZA. El eco aprende á cantar.
DURANGO. Por Dios que estoy por bailar
segun me hace el son cosquillas.
CORO. ¡Como retumban los remos
madre en el agua,
con el fresco viento
de la mañana!...
DURANGO. Harto mejor retumbáran
en fresco vino sutil
los remos de un buen pernil
como bien lo sazonáran.
CORO. ¡Despertad, señora mia,
despertad!
Porque viene el alba
del señor San Juan.
(*Repite el ritornelo, y vanse músicos y cantores.*)

ESCENA III.

LA CONDESA. DOÑA CONSTANZA. DOÑA INES. DURANGO. PAGE Y PUEBLO.

CONDESA. Caballeros van viniendo
y á caballo algunos van.
INES. ¿Correrán?
CONSTANZA. No correrán.
CONDESA. Algunos voy conociendo.
CONSTANZA. Don Francisco y don Luis
son los de leonado y pardo.
CONDESA. ¿Y el de rojo?
INES. ¿No es Leonardo
el capitan?

CONDESA. Bien decis.
INES. Galan viene de pajizo
don Alonso.
CONSTANZA. ¡Está heredado!
CONDESA. Aunque es vuestro desposado
nunca á mí me satisfizo.
CONSTANZA. Si los criados no oyeran
algo en eso yo os diria.
CONDESA. Si gustáseis, mandaria
que el desayuno trajeran
á este sitio.
INES. Es oportuno
el pensamiento, condesa.
CONDESA. Conservas y leche y fresa (*A Durango.*)
traed para el desayuno.

ESCENA IV.

LA CONDESA. DOÑA CONSTANZA. DOÑA INES.

CONDESA. Solas estamos las tres:
hablad ya, doña Constanaza.
CONSTANZA. Bien puedo, que confianza
tengo en vos y en doña Ines.
Con don Alonso, señora,
no me tengo de casar.
INES. ¡Como! ¿Ha poco tanto amar,
y tanto desden ahora?
CONSTANZA. De este parecer estoy.
CONDESA. ¿Que á don Alonso tratais
de esa manera?
CONSTANZA. ¿Pensais
que de las mugeres soy
que por casarse no miran
si corren á un precipicio?
CONDESA. Constanza, el amor y el juicio
de verse juntos se admiran.
CONSTANZA. Pues yo le pienso tener,
y mucho, condesa mia,
que desdichada en un dia,
y esposa no quiero ser.
Don Alonso me sirvió;

Su deseo agradecí;
mas luego le aborrecí,
cuando á ello causa me dió.
No una causa, sino mil,
que es el hombre mas perdido
que esta ciudad ha tenido
y de condicion mas vil!...
Toda su hacienda ha gastado
en juego y mugeres tales,
que con llamarlas venales
decir mas es escusado.
Sus lugares ha vendido
y come de aquel valor;
decidme: ¿es digno de amor
ó de ser aborrecido?
¿Será bien que pague yo
de mi dote sus locuras?

CONDESA. ¡Yo os deseo mil venturas,
que tales desdichas no!
Eso, Constanza, ignoraba,
supuesto que algo sabia
de la vida que traia
y lo mucho que jugaba.
Mas que estuviese en estado
que hasta sus lugares vende,
eso no; porque me ofende
aun haberlo imaginado;
y solo porque os creí
á su persona inclinada,
siempre hablé de él mesurada,
mas siempre le aborrecí:
porque á su hermano don Juan,
hombre de otra condicion,
maltrata en toda ocasion.

CONSTANZA. ¿No es ese vuestro galan?

CONDESA. ¡Desdichado! Es mi planeta;
que digais galan no quiero,
de ese infeliz escudero
ya amortajado en bayeta.
A veces estoy corrida
de ver que un galan tan roto
cause en Valencia alboroto

con su pasion conocida;
y á veces tomo á donaire
verle siempre tras el coche,
y que de dia y de noche
detenga á mi calle el aire.
No voy á parte ninguna
á donde no esté don Juan,
y cierto que él es galan
aunque de escasa fortuna.
A mí me da compasion
y le quisiera vestir
cuando le veo seguir
tan lucida pretension.

CONSTANZA. Yo os juro que si don Juan,
condesa, á mí me quisiera,
pobre y todo le admitiera
mas que á su hermano galan:
porque sus defectos son
culpa del hado tirano,
y los de su loco hermano
de su propia condicion.

INES. La condesa tal vez mira
á don Juan con aficion.

CONDESA. ¿Dais tormento al corazon
para cogerle en mentira?
Don Juan me parece bien
roto y pobre como está;
y en mí no fué poco ya
no mirarle con desden.
Mas no debo en ley de honor,
sino siendo su muger,
amarle, y no puede ser;
conque no hablemos de amor.

CONSTANZA. Discurris prudentemente,
que donde el intento es vano,
llevar la sonda en la mano
es precaucion escelente.

INES. ¿Y él os habla algunas veces?

CONDESA. Ines, si llamas hablar
á un siempre humilde mirar,
con el talle que encareces,
mil veces me habló don Juan:

pero con la lengua, no.

CONSTANZA. Pues que habla muy bien sé yo.

CONDESA. Y yo que no le darán
desigualdad y pobreza
para hablarme, al triste, audacia:
que no la tiene la gracia
y le sobra á la riqueza.

CONSTANZA. ¡Que la fortuna al valor
así le corte las alas!

CONDESA. ¡Cuantos, mundo, desigualas
que hizo iguales el amor!

INES. Ello es que el pobre don Juan
es eterno á vuestras rejas!

CONSTANZA. ¿No os lastimais de sus quejas?

CONDESA. No puedo que escribirán
al señor mi desposado.

INES. ¿Cuando dicen que vendrá?

CONDESA. De camino queda ya.

CONSTANZA. ¿Le habeis visto?

CONDESA. Retratado.

CONSTANZA. ¿Que tales sus gracias son?

CONDESA. En pintura no es ingrato:
mas no fio yo á un retrato
la dicha y el corazon.

ESCENA V.

DICHAS.—DURANGO Y EL PAGE *traen y sirven el desayuno.*

CONDESA. ¿Ya, Durango, estais aquí?

DURANGO. Y el desayuno no escaso.

CONDESA. Abundante y limpio, basta.

DURANGO. Fué improviso: como el ampo
de la nieve, pan teneis,
jamon dulce galiciano;
conservas de Andalucía;
en almibar regalado
limoncillos de Ultramar;
y del suelo valenciano
roja fresa azucarada.

CONSTANZA. Daisnos, en fin, gran regalo.

INES. Espléndido es el banquete.

CONDESA. Entendido es mi Durango.
DURANGO. Por servir á tan buen ama
aun es poco hacer milagros.
CONSTANZA. Volved, condesa, los ojos. (*Mirando adentro.*)
CONDESA. ¿Quien es aquel de lo blanco? (*Levantándose.*)
¿No es don Juan?
INES. ¿Que es lo que miro?
CONSTANZA. ¿De don Alonso el hermano?
INES. ¡Y es verdad! ¡Y galas lleva!
CONDESA. ¡Él galas! ¡Notable caso!
¿Quien le ha dado de vestir?
INES. Quizá vista de prestado.
CONDESA. ¡Pobre!
CONSTANZA. ¡Que gallardo viene!
¡Él blanco y blanco el caballo!
INES. Si tuviera que vestirse
yo se bien que mas de cuatro
tuvieran envidia dél.
CONDESA. (¡Galan es! ¡Mucho me ablando!
tiempo es ya, desdenes mios
que socorrais mi recato!)
Quiero, si de ello no os pesa,
mandarle cierto recado.
INES. ¿Como?
CONDESA. Vereislo en las obras.
CONSTANZA. Del corcel se está apeando.
INES. ¿De él burlaros pretendeis?
CONDESA. (Veremos si así me salvo.)
CONSTANZA. Correráse.
CONDESA. ¿Y que me importa?
¡Plegue á Dios! Oid, Durango:
decid á don Juan de Fox
que le ruego, ó le rogamos,
si se precia de las damas
de ser humilde vasallo,
que hasta nosotras se llegue
para oir nuestros mandatos;
y añadid que no pronuncie
ni una sílaba su labio,
si no quiere en nuestro enojo
incurrir por temerario.
DURANGO. ¡Digo, si viene, que es loco!

CONDESA. Obedeced lo que os mando.
DURANGO. ¿Y si me rompe la crisma,
señora, al darle el recado?
CONDESA. En diciendo á quien servis,
no temais.
DURANGO. Yo voy temblando.

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* DURANGO.

CONSTANZA. ¡Mucho fiais en su amor
y respeto!
INES. ¡Abuso estraño
haceis de vuestra belleza!
CONSTANZA. Yo, condesa, en afrentarlo
no consiento.
INES. Yo tampoco.
CONDESA. ¿Con que habré de confesaros
que esto que llamais crueldad,
á mi flaqueza es reparo?
Don Juan es hombre, y orgullo
tiene propio y heredado.
Comprenderá que me burlo
con solo oir á Durango;
no vendrá; mas si viniese
tal bateria preparo
que á huir de mi ha de obligarle
mal que les pese á los astros.
No quiero que me persiga,
que he prometido mi mano.
CONSTANZA. Pues ya en la primera parte
el pronóstico fué vano,
que viene aquí.
CONDESA. (¡Cuán humilde!
¿qué me importa, si no le amo?)

ESCENA VII.

DICHAS. DON JUAN, *airosamente vestido de blanco con el sombrero quitado sin atreverse á acercarse.* DURANGO.

DURANGO. Las órdenes que me disteis
á don Juan he relatado...
El me sigue; ni aun á mí
respondió negro ni blanco.

CONDESA. Acercaos, caballero.
(*Disimulando su turbacion. Don Juan se arrodilla.*)
Dicen que sois acabado
modelo á todo galan,
aunque un poco temerario;
y yo, aunque en vos hasta ahora
en verdad no hice reparo,
porque así me lo digeron,
ganas tengo de probarlo.
¿Sea cual fuere, estais pronto
á obedecer mis mandatos?
(*Don Juan por señas dice que si.*)
¿Sea cual fuere? (*id.*)
¡Enhorabuena!
¿La puente que en el mar bravo
termina, la conoceis?
(*Don Juan la señala con la mano.*)
Quien espuelas al caballo
ponga en ella, caerá al mar
y ha de hacerse mil pedazos.
(*Don Juan despues de mirar hácia el puente hace seña que si.*)
¿Decís que sí? Bien: lo entiendo;
pues por ella, y á caballo,
rienda suelta, espuela ardiente,
don Juan que corrais os mando. (*Pausa.*)
No tengo mas que deciros,
y ya podeis retiraros.
(*Don Juan se levanta, saluda humildemente y vase.*)

DURANGO. Voy á ver que hace este loco.

CONDESA. De esta vez de su amor salgo.

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* DON JUAN Y DURANGO.

CONSTANZA. Lástima me daba el verle.
INES. Humilde como un esclavo.
CONDESA. Cura de amor.
CONSTANZA. El remedio
será eficaz, mas no blando.
INES. ¡Cielos! ¡que monta el corcel!
CONSTANZA. ¿Ha de ser tan temerario?
CONDESA. Huir querrá mi presencia.
INES. No que al puente ha enderezado.
CONSTANZA. Le condenasteis á muerte.
CONDESA. ¡No mas, que estoy delirando!
CONSTANZA. ¡Ya está en la puente, Dios mio!
¡Veloz corre como el rayo!
(*Oyese un golpe dentro. La condesa aterrada se tapa los ojos.*)
INES. ¡Hay hombre mas obediente!
CONDESA. ¡Ay!
INES. ¡Al mar hombre y caballo
cayeron, y el mar los traga!
CONDESA. ¡Oh noble valor, gallardo!
Mal haya, amen, el instante,
don Juan, en que me he burlado.
CONSTANZA. Muerto será ¿Quién lo duda?
CONDESA. Pues anegareme en llanto
como él en agua del mar.
1.ª VOZ. (*Dentro.*) Aqui ayuda!!
2.ª VOZ. Caso estraño!
1.ª VOZ. Salga á la orilla.
2.ª VOZ. ¡Esta vivo!
CONDESA. ¡Dios por ello sea alabado!

ESCENA IX.

DICHOS. DURANGO.

CONDESA. ¿Qué hay, Durango?
DURANGO. ¿Qué ha de haber?
que ese loco de los diablos
batió al potro los hijares

con furia tal, que en dos zancos
hombre y caballo en el mar
cayeron cual despeñados.
A la orilla por instinto
salió el caballo nadando,
y al otro unos pescadores
le recogen en los brazos.
En esa choza inmediata
le entraron y están secando.
Mas, tu respeto perdone,
poco gana en verse en salvo
don Juan si le favoreces
de nuevo con mas recados!

CONDESA. ¡No mas, no mas! Y ahora vuelve
de mi parte á visitarlo,
y en mi nombre le regala
este herreruelo aforrado, (*Dándole la capa.*)
para que se abrigue ahora;
que cuando á casa volvamos
yo le enviaré que se vista.

DURANGO. Dios te guarde; iré volando.

CONDESA. Llama al cochero,
(*Vánse Durango y el page llevándose almuerzo y la alfombra.*)

CONSTANZA. ¿No quieres
gozar del fresco?

CONDESA. Hame dado
el suceso pesadumbre.
(Corazon, no seas tan flaco.)

INES. Tienes razon de estar triste.
Si muere don Juan...

CONDESA. Pensando
burlarme de él, á mí propia
me lastimé con su daño. (*Sale Durango.*)

DURANGO. ¿Qué importa que muera un pobre?
Ved, señora, que es sacarlo
del purgatorio del mundo.

CONDESA. Ser la causa importa tanto,
que, si como soy condesa
de la Flor, fuera mi estado
mas humilde, agradecerle...
en fin... basta!

CONSTANZA. ¡Acaba!
CONDESA. Callo.
No se ha de hablar de imposibles.
DURANGO. El coche, señora.
CONDESA. Vamos.

ESCENA X.

DURANGO. ¡Ay, condesa de la Flor,
picado os habeis al juego,
y es malo en juegos de amor
que habreis de pagar en fuego
á don Juan agua y valor.
¡Pobre marques siciliano
con ínfulas de marido!
El hoy surca el mar muy vano...
Pero... á mí ¿quién me ha metido
á razones? ¡Canto llano!
Obedezco, como suelo.
Voile á llevar á don Juan
el preciado ferreruelo;
para él sus pliegues seran...
¿qué serán, infierno ó cielo?
¿No es él quien aquí se viene?
Sí es él; y con su lacayo.
Robusta la salud tiene;
pronto volvió del desmayo.
Quizá oirle me conviene.

ESCENA XI.

D. Juan envuelto en albornoz de pescador y todavía mojado. GERMAN *con librea.* DURANGO *oculto.*

GERMAN. ¿Qué no has querido dormir
por asco en aquella cama?
JUAN. Deja ya el necio decir.
GERMAN. ¡Pensarás que ganas fama
en no quererla admitir!
Pues ya basta con el susto.

JUAN. German, déjame, que gusto
de enjugarme el agua así.
GERMAN. ¿Quiereste morir aquí?
JUAN. Mas vale que de disgusto.
GERMAN. No te entiendo, por quien soy.
JUAN. ¿Tú no sabes que la adoro?
GERMAN. Por demas viéndolo estoy.
¡Adios vestido, adios oro!
JUAN. Acaban mis sueños hoy.
¿Tú no comprendes, German,
que burla fué su recado?
GERMAN. ¡Oh! Si yo fuera don Juan!
JUAN. ¿Qué?
GERMAN. No me hiciera pescado
por cuantas son y serán.
JUAN. Ni ella tampoco esperaba
de mí tan grande obediencia.
GERMAN. ¿Tú piensas que se burlaba?
JUAN. Y tengo de ello evidencia.
GERMAN. Esto solo nos faltaba.
JUAN. La ofende mi galanteo;
quiso dármelo á entender
con un discreto rodeo;
yo preferí á comprender
ser de sus iras trofeo.
GERMAN. Digo que ella es tan cruel,
como tú estás de remate.
DURANGO. Discreto es, humilde y fiel:
herreruelo y forro en él
antes que el frio le mate.

ESCENA XII.

D. JUAN.—GERMAN.—DURANGO.

DURANGO. ¿Está aquí el señor don Juan?
GERMAN. Aquí está como le veis,
muy mas fresco que galan.
DURANGO. Vos no me conocereis;
tal vuestros ojos están!
JUAN. Si conozco que vos fuisteis
quien el recado me disteis.

DURANGO. La condesa de la Flor
está muy triste, señor,
por la locura que hicisteis...
Licencia le pudo dar
la fiesta para burlarse,
mas no acertó á imaginar
que hombre quisiera arrojarse
por darle gusto, á la mar.
Para que sepa me envia
como estais; y con dolor
del daño que haber podria,
este herreruelo, señor,
que ha usado su señoría.
Abrigaos luego con él
que está muy desconsolada.

JUAN. Dárame la vida fiel; (*Le toma y no se le pone.*)
que la triaca estremada
contra ponzoña cruel,
de las víboras se saca;
y así vendrá mi triaca
de donde vino el veneno.

DURANGO. ¿Y cómo estais?

JUAN. De agua lleno,
aunque ya el frio se aplaca;
y aquesta capa, os prometo,
muerto me diera la vida,
yo me se por qué secreto.

DURANGO. Ella se vuelve afligida
y vos respondeis discreto.
esto le voy á decir.

JUAN. Decidle, que por servir
persona de tal valor,
no tuve á la mar temor
ni lo tuviera al morir.
Que yo quedo muy contento
de pensar que la he servido
con hechos y pensamiento,
luego que tocó en mi oido
la voz de su mandamiento;
que aunque no somos los dos
iguales, como veis vos,
si tambien me lo mandara,

del Miguelete me echara
como del puente, por Dios!

DURANGO. Voy presto, que se ha de holgar
de la salud que teneis.

JUAN. De que estoy á su mandar,
amigo, no os olvideis.

DURANGO. No se me puede olvidar.

ESCENA XIII.

D. JUAN. GERMAN.

GERMAN. Vamos ahora á desnudarte.

JUAN. Déjame en paz.

GERMAN. ¡Temerario!
¡Que el frio puede matarte!

JUAN. ¡Ello es lance estraordinario!

GERMAN. ¡Vamos! ¡No hay mas que dejarte!

JUAN. Escúchame acá, que quiero
hablar contigo, German.

GERMAN. Ya tus palabras espero.

JUAN. Las desdichas de don Juan
él se las dice primero.
Desde el punto que salí
esta desdicha temí.

GERMAN. Quisiera darte un consejo,
ni de cuerdo, ni de viejo,
pero de quien te ama, sí

JUAN. Ahora no puede ser.

GERMAN. Cásate con la condesa.

JUAN. ¿Estás loco?

GERMAN. ¿No es muger?

JUAN. Es tan imposible empresa
como ver el hielo arder,
y helar el fuego, German.
Si de lejos la seguí,
mudo aunque ciego en mi afan,
nadie lo supo, y de aquí
todos me murmurarán.
Loco, diranme las gentes,

¿Porque diste un salto al mar
das tal rienda á los ardientes
deseos, que ya consientes
el mismo cielo escalar?
¿La burla se te ha olvidado,
y aun el agua te chorrea?

GERMAN. ¿Y el ferreruelo enviado?

JUAN. Piedad.

GERMAN. Fuere lo que sea
ello es que te ha regalado.

JUAN. No desatines, German.

GERMAN. ¿Tú que pierdes en servilla?

JUAN. Que por loco me tendran.

GERMAN. Acuérdate de esta orilla
en que te advierto, don Juan.

JUAN. Necio, es Hipólita hermosa
rica heredada heredera,
título, y tratada esposa!

GERMAN. ¡Tratada! ¡Si ella quisiera,
buen estorbo!

JUAN. ¡Hay tal quimera!
Pídenla muchos señores
de Castilla y Aragon.

GERMAN. ¡Que pidan! Tú dile amores,
que los pensamientos son,
cuanto mas altos, mejores.

JUAN. ¿Y si tanto me enamoro
que cuando sin ella quede
muera ahogado en rabia y lloro?

GERMAN. ¿Ser lo contrario no puede?

JUAN. ¿Que calidad, que tesoro
tengo para pretender
la condesa de la Flor?

GERMAN. Ese talle, que es muger,
y suele un poco de amor
tales milagros hacer.

JUAN. Confieso que me has hurtado
el pensamiento, German,
puesto que he disimulado:
desde aquí soy su galan,
mas que nunca declarado.

GERMAN. Suda el susto de morir.

y darete dos lecciones
de como la has de servir.

JUAN. En laberinto me pones
de que no acierto á salir.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

D. ALONSO. LEONARDO *y* D. LUIS.

LUIS. Si vos gastais desatinadamente,
no es justo que os ayude la fortuna.

ALONSO. ¿No quereis, don Luis, que me lamente
de ver que no me ayuda en cosa alguna?

LEONARDO. Sois en el juego pródigo, impaciente;
y en vuestros gustos no hay muger, no hay luna
que tantas menguas y crecientes tenga.
¿Que bien quereis que por los dos os venga?

ALONSO. Otros suelen ganar, ó cuando menos
tienen la dicha y la desdicha á dias.

LUIS. El juego ha sido infancia de mil buenos.

ALONSO. Pero ha dañado las costumbres mias.

LEONARDO. De sus iras están los libros llenos,
tragedias que engendraron sus porfías.
No hay cosa que deslustre tanto á un hombre,
fuego y no juego es ya su propio nombre.

LUIS. Jugar tasadamente lo que puede,
al hombre que procura, estando ocioso,

un rato entretener, se le concede:
mas no su hacienda, vida y su reposo,
ni que perdido para siempre quedé,
hecho afrenta del vulgo licencioso
vendiendo hasta las cosas mas preciadas
de sus honrados padres heredadas.
Los lugares que vos habeis vendido
con los infames naipes y los dados,
en la conquista de este reino han sido
por vuestros ascendientes conquistados;
con sangre que ilustró vuestro apellido,
con lanzas, con espadas, con soldados;
no espadas de papel, bastos ni oros,
en que espendido habeis tales tesoros.
No direis, á lo menos, que yo he sido
de los amigos que á perderse ayudan
al que va caminando á ser perdido,
y que en la ruina de lenguage mudan;
siempre á todo vendré como he venido,
cuando todos os falten y no acudan
á las obligaciones que les dieron
los beneficios que de vos tuvieron.
¿Mas cómo dejaré, si me he preciado
siempre de ser leal y caballero,
de deciros: «Alonso, vais errado
y á vuestra perdicion correis ligero?
Si algun remedio tiene lo pasado,
es que cuerdo guardeis ese dinero
en que vuestros estados se han vendido.

ALONSO. ¡Molesto, amigo, sois!

LUIS. No soy fingido.

ALONSO. ¿No veis que concertado el casamiento
de Constanza, que ya llamo mi esposa,
he de mudar de vida y pensamiento;
y que podré, pues es rica y hermosa?
¿Cuántos con desfrenado atrevimiento
corrieron por la senda licenciosa
de la imprudente mocedad, que es fuego,
y en llegando á casar, pararon luego?
Yo seré así; y el dote puesto en renta
mis lugares irá desempeñando:
que en mozo es gala y en casado afrenta

vivir su hacienda y vida disipando.
El hombre que ha pasado sin tormenta
el mar de juventud, guárdese cuando
llegue al de la vejez; que las edades
trocando en ella, hará mil mocedades.

LEONARDO. Reformad vuestra casa de criados...

ALONSO. No puedo decaer hasta casarme
del honor que he tenido.

LUIS. No mas dados
ni Roselas, Alonso.

ALONSO. ¿He de encerrarme
cual monja?

LEONARDO. ¡No mas juego!

ALONSO. ¡Oh, que cansados!
¿Venís á entretenerme ó á matarme?

LUIS. Pues no os quejeis del hado injustamente,
ya que morir quereis impenitente.

ALONSO. Conviéneme de rico hacer alarde
mientras me caso, y tardarse poco.
(*Hablan entre si animadamente los tres.*)

ESCENA II.

Dichos. DON JUAN *y* GERMAN.

JUAN. ¿No quieres que el ser pobre me acobarde?

GERMAN. No te detengo aquí, ni te provoco.

JUAN. ¿Qué es lo que quieres que en Valencia aguarde
del imposible amor que tengo, loco,
si mal las carnes con vil ropa cubro
y á nadie mi pobreza, triste, encubro?
Máteme en Flandes encendida bala,
que la guerra es de nobles ejercicio;
no aquí un amor que, por mi estrella mala,
vino á robarme la quietud y el juicio.
Para salir haremos una gala
que diga en los colores el oficio;
y dejemos por siempre á la condesa.

GERMAN. Que aciertas digo, y digo que me pesa.

JUAN. Hoy han de dar dineros á mi hermano,
German, de esos lugares que han vendido;
hablarle quiero y no perder en vano

el tiempo, que jamás vuelve perdido.
¡Salgamos del poder de ese tirano!

GERMAN. ¿No miras que está allí?

JUAN. ¿Nos habrá oido?

GERMAN. Si habrá, que el rico al pobre solamente
oye lo que murmura de él ausente.
(*Adelántase D. Juan con aire resuelto.*)

ALONSO. ¿Quién es?

JUAN. Yo soy.

ALONSO. ¿Qué quieres?

JUAN. Quíero hablarte.

ALONSO. ¿Qué me dirás? ¡alguna impertinencia!

JUAN. Escucha y lo sabrás.

ALONSO. Di presto.

JUAN. Aparte
quisiera hablar.

ALONSO. Y yo comprar paciencia;
acaba de decir.

JUAN. Por no enfadarte,
como lo dices tú, con mi presencia,
á Flandes quiero irme.

ALONSO. Buen amigo
ha sido, Juan, el que hoy habló contigo.
¿Y tienes eso ya determinado?

JUAN. No tardaré en marcharme cuatro dias.

ALONSO Pues vé con Dios, que allá podrás, soldado,
perder los brios que en Valencia crias.

JUAN. Dinero he menester: hoy te lo han dado.

ALONSO. ¿Yo dinero, don Juan?

JUAN. ¿Pues qué, querias?
Que fuese de aquí á Flandes sin dinero?
¿No ves que soy tu hermano y caballero?

ALONSO. ¿Qué has menester?

JUAN. Lo menos mil ducados.

ALONSO. ¿Hay desvergüenza tal?

JUAN. Nunca entre iguales
hé conocido yo desvergonzados.

ALONSO. Bien te pueden bastar quinientos reales.

JUAN. Si los pierdes á un naipe, ó á los dados
en una mano, y en jornadas tales
que te infaman á tí; para jornada
que te ha de honrar, ¿Que es lo que pido? Nada.

¿Nacimos, don Alonso, por ventura,
de un padre y una madre, á que tu vivas
con tal regalo y tal descompostura,
que de ninguna libertad te privas,
y yo con tal pobreza y angostura,
que en mis necesidades escesivas
no indigno de mi envidia á veces hallo
al esclavo que cuidà tu caballo?
¿Quinientos reales das á un hombre honrado?
De limosna eran buenos: no debidos
á un hermano que quiere ser soldado.
¿Por qué tú no le pagas los vestidos?

ALONSO. Es tan anejo el ser desvergonzado (*Colérico.*)
al ser pobre, que piensan atrevidos
todos los que lo son, que se les debe
lo que con esta haré que alguno lleve. (*Empuña.*)

LEONARDO. La espada no es razon, que es vuestro hermano.
(*Interponiéndose.*)

ALONSO. ¡Vive Dios que es un pícaro!

JUAN. No digo
que mientes, pues lo soy por ser tirano
quien tanta crueldad usa conmigo.
Mas cuenta que á la espada pongas mano,
que si la sacas, á probar me obligo
que el pícaro eres tú; pues estos brazos
te harán vestido y carne mil pedazos!

ALONSO. ¡Dejadme, Capitan; don Luis, dejadme!

JUAN. Pues vive Dios que si le dejan...

LUIS. Creo
que debeis estar loco (*A D. Alonso.*)

ALONSO. Perdonadme,
que he de matarle.

JUAN. De hambre, ya lo veo.

ALONSO. Don Juan, dejo las armas: escuchadme.

JUAN. Si anunciais que os moris, que eso deseo

ALONSO. Si entrais mas en mi casa, dos lacayos
os han de hacer pedazos.

JUAN. ¡Bravos rayos!

ALONSO. ¡Si llegais á esta puerta, vive el cielo!..

JUAN. Cuando yo fuera Lázaro, llegara
de perros y avariento con recelo.

ALONSO. Mira, insolente, mírame á la cara.

JUAN. Mirarla pensé yo por mi consuelo,
nunca tan loca, sin piedad y avara;
vete con Dios, que espero que algun dia
el cielo premie la paciencia mia.

LEONARDO. Dejadle: basta. (*A D. Alonso.*)

ALONSO. En un suplicio espero
ver á este libre mozo.

LUIS. Basta... vamos.

ESCENA III.

DON JUAN. *y* GERMAN.

GERMAN. ¿Estas contento?

JUAN. Si, que estarlo quiero.

GERMAN. ¡Por que, señor, pues ves cómo quedamos?

JUAN. Porque salimos de un tirano fiero,
y de tal cautiverio nos libramos.

GERMAN. ¿Y qué habemos de hacer de doce á una?

JUAN. Burlarnos del dinero y la fortuna.

GERMAN. Bien á sufrir la mala suerte enseña.
Pienso que han de acogernos en la honrada
casa de mi nodriza, pobre dueña.

JUAN. Eso por lo que toca á la posada.

GERMAN. Para tener comida tan pequeña
cual fue la de esta casa y tan tasada,
yo me pondré á peon de alguna obra;
con el jornal que gane á entrambos sobra.
Allí trabajeré todos los dias
y te traeré el dinero.

JUAN. ¡No hay hermano (*Le abraza.*)
como un amigo!

GERMAN. Deja niñerias. (*Avergonzado*)

JUAN. Deja que estreche tu piadosa mano.

GERMAN. ¡Señor, por Cristo!

JUAN. Espero que las mias
nos podrán sustentar: verás que gano
con que los dos comamos.

GERMAN. ¿De qué suerte?

JUAN. Como me ampara Dios, amigo, advierte.
Yo cuando niño con primor notable
flores aprendí á hacer de una mi tia,

hasta imitar romero saludable,
que es del arte la gala y gallardia;
la pálida retama, la admirable
angélica, el rosal de Alejandría,
el clavel carmesí, la azul violeta,
cárdeno lirio, cándida mosqueta.
Flores tengo y haré: podrás llevarlas
por Valencia á vender, hasta que el cielo
mejore nuestras vidas.

GERMAN. Remediarlas
puede tu habilidad.

JUAN. No tiene el suelo
flores que yo no sepa retratarlas:
tal vez escedo al matural modelo.

GERMAN. Tu hermano vuelve.

JUAN. Vámonos.

GERMAN. Y á prisa.
¡Flores nosotros! ¿Lloro ó me da risa?

ESCENA IV.

DON. ALONSO.—DON LUIS, DON FRANCISCO.

LUIS. Si vos volveis á jugar
perdiendo cuanto teneis.
acabado de avisar
que no lo hagais, ¿qué quereis?
¿Quereis por fuerza ganar?
Porfiando no se adquieren
lauros en juego y poesía:
ha de ser cuando ellos quieren;
los picados nada esperen
que les cansa la porfia.
El que versos quiere hacer
y quiere al juego ganar,
no piense que ha de poder,
por picarse y porfiar,
ni ganar ni componer!..
Mejor, don Alonso, fuera
ir al Grao.

ALONSO. No pensé
que el juego, don Luis, creciera:

jugué, piquéme y llegué
á que mil mundos perdiera.
Por dar barato á Lisarda
tomé el dado!

FRANCISCO. El capitan
hizo una suerte gallarda.

ALONSO. ¡Mátele mala bombarda,
que en él mis doblas están!

LUIS. Ya habeis perdido y llorado,
en esto no se hable mas.

CAMILO. (*Saliendo.*) Coche y damas han llegado
y preguntan si no vas.

ALONSO. ¿Quién venir las ha mandado?

FRANCISCO. Por serviros lo mandé,
y en el Grao la merienda
para todos ordené:
son Celinda y vuestra prenda.
¿Merendais ó avisaré?

ALONSO. ¿Habreis vos jamas comido
cuando hayais tan buen dinero
en cuatro manos perdido?
Que lleven las damas quiero (*A Camilo.*)
ya que á mi casa han venido;
pero que en llegando al mar
las echen dentro. (*Vase Camilo.*)

FRANCISCO. Esto es hecho:
con ellas debo marchar. (*Hace que se vá.*)

ALONSO. Volved.

FRANCISCO. Que os canso sospecho.

ALONSO. Antes os tengo que hablar.

FRANCISCO. ¿En razon de qué?

ALONSO. En razon
de aquella resolucion
del casamiento tratado.

FRANCISCO. Cosa propia de un picado.

LUIS. Mortales las señas son.

ALONSO. ¡Vive Dios que he de probar
si casándome, es posible
aborrecer el jugar.

FRANCISCO. Aunque es remedio terrible,
todo se debe ensayar;
quizá os curen los cuidados

de la familia y los hijos.

ALONSA. Ocúpenme y sean pesados.

LUIS. Antes, si son bien llevados.
suelen dar mil regocijos.
¡Qué es ver una honrada cara
y dos hijos á la mesa!

ALONSO. Mi mocedad aquí para,
aquí mi locura cesa,
y de este asilo se ampara.
¡Válgame contra mi edad
el freno del casamiento.
Id presto, Francisco: hablad
á Constanza.

FRANCISCO. Iré al momento
en prueba de mi amistad.
Dios os guarde.

ALONSO. A vos el cielo
os pague tan grande bien;
y trágueme vivo el suelo
si torno á jugar: ¡Amen! (*Vase D. Francisco.*)

ESCENA V.

DON ALONSO, DON LUIS.

LUIS. ¡Qué tanto en el desconsuelo
hombre de valor se esceda!
Yo mas de vos presumia;
que no hay donde un hombre pueda
mostrar mas su gallardía,
que cuando perdiendo queda.

ALONSO. ¿Hay quien no lo sienta?

LUIS. No:
mas para disimular
la prudencia se nos dió

ALONSO. Poco supo de jugar
quien tal máxima dictó.

(*Registra los escritorios mientras habla D. Luis.*)

LUIS. El juego es, como la esgrima,
el crisol del caballero.
¿Venciendo, quién no se anima?
¡Con herida ó sin dinero

se ha de ver el hombre entero!

ALONSO. ¡Pesia á tal! La condicion
de los hombres no es igual
ni en cuerpo ni en corazon;
y suele ser la pasion
segun la causa del mal.
Vamos á la platería
que algo que vender hallé. (*Alegre.*)

LUIS. ¿Para jugar?

ALONSO. Probaria...

LUIS. ¿Y el juramento?

ALONSO. ¿Juré?

LUIS. ¡Bueno estais! ¡por vida mia!

ALONSO. Compadacedme; os lo ruego;
y no tengais por constante,
mas que á la nieve en el fuego,
á juramento de amante,
ó de hombre que pierde al juego.

ESCENA VI.

Sala en casa de doña Ines.

LA CONDESA. DOÑA CONSTANZA. DOÑA INES, *sentadas.*

INES. La visita os merecí
por hurtarme el pensamiento,
aunque obligada me siento.

CONSTANZA. No me la debeis á mí,
que la condesa trazó
el venir las dos á veros.

CONDESA. Quise, Ines, entreteneros,
que Constanza me contó
que andais con ciertas tristezas.

INES. Algo venís á saber.
Curiosa debeis de ser
de las agenas finezas.

CONDESA. ¡Malicia es esa!

CONSTANZA. ¡Y qué tal!

CONDESA. Si os hablo en cosas de amor
mereceré el disfavor
de que me juzgueis tan mal.

CONSTANZA. Condesa, ¡qué niñeria!
Pues si de amor no ha de ser,
no queda en que entretener
tan largo y ocioso dia.
Ya veis que solas estamos,
y no han de venir galanes.
CONDESA. Si os bastan los ademanes,
que es lo que en ellos notamos,
yo serviré de galan.
INES. Bien. ¿Mas de cuál de las dos?
CONDESA. De entrambas, porque, por Dios,
que así al propio me verán;
pues una sola no sé
quien la quiera y sirva.
CONSTANZA. Yo
sé quien la adora.
CONDESA. Yo no.
CONSTANZA. Licencia y yo lo diré.
CONDESA. No habeis de decir don Juan,
que ese no tiene vestido
para querer dos; y ha sido,
por pobre, de una galan.
CONSTANZA. El tuvo un vestido blanco; (*Con malicia.*)
por San Juan pienso que fue.
INES. Y en el mar lo bañó, á fe, (*Con malicia.*)
sino rico, noble y franco.
CONDESA. Pues por aquel necio baño,
el herreruelo que vísteis,
y enfermedad que supísteis,
me persigue todo el año.
Antes de anoche era solo
centinela de mis rejas,
hora ya escucho sus quejas,
cuando luce, el mismo Apolo.
Con loca satisfaccion
piensa, tal vez, que le quiero;
y aunque pobre caballero
me da á entender su aficion.
INES. ¿No os causa mucho donaire
el ver cual se anda tras vos?
CONDESA. Donaire y aire, por Dios,
que va siempre el pobre al aire.

(Y aun así parece bien.)

INES. (¿Tan mal huele la bayeta?) (*A Constanza.*)

CONSTANZA. (La victoria si el aprieta (*A Ines.*)
suya será.)

INES. (Amen.)

CONSTANZA. (Amen.)

GERMAN. ¡Flores vendo, encantadoras! (*Pregonando.*)

CONSTANZA. Voces en la calle dan,
que flores vendiendo van.

CONDESA. ¡Durango!

DURANGO. (*Saliendo.*) ¡Mandad, señoras!

CONDESA. Mirad las flores que ahí
pregonan.

DURANGO. Como un cohete. (*Vase.*)

INES. ¡Cada cual su ramillete
tendrá en presente de mí;
por ver si con esto escuso
el daros de merendar!

CONDESA. ¡Buen modo de regalar!
Si no es galan, es al uso.

DURANCO. (*Saliendo.*) Aquí están, señora mia,
El hombre ha subido ya.
Llegad y os las comprará,
mas llamadla señoría.

ESCENA VII.

Dichas. DURANGO, GERMAN, *con un canastillo de mimbres lleno de flores artificiales.*

GERMAN. ¡Ay cielos! ¿donde he subido?
(*Procura ocultar el rostro.*)
Volverme á bajar quisiera.
No pensé que en esta casa
pudiera estar la condesa.
Irme quiero. ¿Qué lo dudo? (*Hace que se va.*)

CONDESA. ¿Porque se va el hombre?

DURANGO. Espera,
florero. ?Por qué te encubres?

GERMAN. Amigo, tengo vergüenza.

CONDESA. Vamos, buen hombre, detente.

GERMAN. ¿Qué quieres que me detenga?

CONDESA. Danos flores. ¿Qué te turba?
CONSTANZA. ¿De qué jardin son?
GERMAN. (¡Quién fuera
pájaro para escaparse!)
CONSTANZA. ¡Por vuestra vida, condesa!
¡El lacayo es de don Juan!
INES. ¡Y las flores son de seda!
CONDESA. (¿Si es invencion para hablarme? (*A ellas.*)
CONSTANZA. No tal, pues que se avergüenza.
A don Juan habrá dejado
y sirve á alguna florera.
CONDESA. No me espanto que tendría
con don Juan comída y cena
mal seguras. (¡Siempre, siempre
le rebajas, oh pobreza!) (*Queda pensativa.*)
INES. Dice bien doña Constanza:
por necesidad le deja.
CONSTANZA. ¿Es monja, amigo German,
quien hace flores tan bellas?
GERMAN. (¡Ah, don Juan, si esta escucharas!
¡Cuanto oprobio, cuanta afrenta!)
CONSTANZA. Bendiga el cielo sus manos.
INES. No pueden las verdaderas
ser mas lindas.
CONSTANZA. Solo harán
en el olor diferencia.
CONDESA. Dinos algo. ¿Por qué callas?
GERMAN. Una inventada quimera
pensé deciros, señora,
si diera el tiempo licencia;
en esto estuve suspenso,
mas desatando la lengua
á la verdad, os suplico
que á mi voz esteis atentas.
Hoy el cruel don Alonso,
con fueros y voces fieras,
echó á don Juan de su casa.
¡Tal es ancha su conciencia!
Yo á don Juan llevé á la choza
de una pobre, humilde vieja,
que dice que me ha criado,
y nos tiene con promesa

de pagarle en mejor tiempo,
cuando mi señor lo pueda,
ó aquí con sus alimentos
ó abandonando á Valencia.
De peon quise alquilarme
para que en tanto comiera
don Juan: no lo ha consentido;
y esas flores me dió bellas,
para vender, que por dicha
de su mano estaban hechas:
otras queda fabricando:
su habilidad le proteja,
pues la fortuna contraria
como siempre, se le muestra.
Entré aquí, pero ignorando,
mi señora la condesa,
que aquí estábais para verme
con tales flores de venta.
Así Dios, bellas señoras,
tan alta dicha os conceda
que la hermosura y la dicha
se igualen en competencia,
que no digais á don Juan
ni de burlas ni de veras
que me habeis visto, ó sabeis
de mi boca ó de la agena
que él ha hecho aquestas flores,
pues me cortará la lengua:
que mientras mas pobre está
mas estima su nobleza.
Con esto, si sois servidas,
de partir dadme licencia,
que estoy temblando.

CONDESA. Detente.
¡Hay tal lástima!

CONSTANZA. ¡Que sea
tan bárbaro don Alonso!

CONDESA. Bien has dicho: no le quieras.
Ea, señoras, tomad.
¡Ola! el azafate llega.
Las flores comprar tenemos.

INES. Yo le compro estas violetas,

y le doy estos escudos. (*Como lo dice.*)

CONSTANZA. Yo por estas azucenas
le doy estos.

CONDESA. Las demas
para mí quiero que sean.
Guardad, Durango, esas flores.
Tomad, German. (*Dale un bolsillo.*)
Bien pudieran
dar otro fruto, si el tiempo
no helara las manos de ellas.

GERMAN. Tus plantas beso mil veces.

CONDESA. Si hiciere mas, me las lleva
á casa; por ver si en tantas
alguna esperanza siembra!...
Y ojalá pudiera ser...

GERMAN. ¿Qué señora?

CONDESA. Que digeras
que estaban tan naturales
que han engañado á una abeja.

GERMAN. ¡Loco de contento voy!
Los cielos, señoras bellas,
os den mas años de vida
que en los escudos hay letras.

ESCENA VIII.

LA CONDESA. DOÑA CONSTANZA. DOÑA INES.

CONSTANZA. ¡Triste estas!

CONDESA. Estoy de suerte
con don Alonso, que á ser
hombre...

CONSTANZA. ¿Que habias de hacer?

CONDESA. Digera darle la muerte,
si no creyera de tí
que le tienes aficion.

CONSTANZA. Mátale; que no es razon
que le perdones por mí.

ESCENA IX.

DICHAS. D. FRANCISCO.

FRANCISCO. Antes de pedir licencia
hallé á quien me la ha de dar.
Mas á quien trata en casar,
nunca se le niega audiencia.
Yo vengo á pedir un *sí*,
si á quien vengo me entendió.
CONSTANZA. Yo tengo que dar un *no*,
si viene el recado á mí.
FRANCISCO. A vos viene, mas de quien
merece el *si*.
CONSTANZA. No hay ninguno.
FRANCISCO. Bien decis, que solo á uno
le quereis y os quiere bien.
Licencia os pi de de veros
con título de marido.
CONSTANZA. No poca licencia ha sido;
sin ella podeis volveros:
y decid que no soy yo
claustro de universidad
que da licencias.
FRANCISCO. Mirad
que es bien mirar mucho un *no*.
CONSTANZA. Mas hay que mirar un *sí*:
que es el que enlaza y cautiva:
No se de *no* que se escriba,
y el *sí* mil veces le ví.
FRANCISCO. Diréle de esa manera.
CONSTANZA. Hareisme mucha merced.
FRANCISCO. Dios os guarde.
CONSTANZA. Esto creed.

ESCENA X.

DICHAS, *menos* D. FRANCISCO.

CONDESA. ¿Quién mil abrazos te diera?
CONSTANZA. ¿Haste holgado?
CONDESA. ¿No lo ves?

CONSTANZA. Pues basta.
DURANGO. (*Entrando*). La mesa aguarda
con la merienda.
CONSTANZA. Es gallarda
en sus descuidos Inés.
INES. Las criadas hecho habrán
alguna mala crianza. (*Vase.*)
CONDESA. Despues te diré, Constanza,
mil lástimas de don Juan.
CONSTANZA. Mal te han sentado las flores.
CONDESA. No se yo si bien ó mal.
CONSTANZA. ¡Es galan!
CONDESA. ¡Fuera él mi igual!
CONSTANZA. ¡Mucho igualan los amores!
CONDESA. ¿Y el vulgo?
CONSTANZA. No hay quien te entienda.
CONDESA. Ni yo me entiendo tampoco.
CONSTANZA. Dicen que amor siempre es loco.
CONDESA. ¡Pues Dios mi juicio defienda!
¡Las flores, su salto al mar,
su buen talle, su apostura!...
que le amo se me figura,
ó no se lo que es amar.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

El teatro representa la plaza de Predicadores en Valencia, con tiendas aparentes y practicables, al menos una. El tránsito de damas, caballeros y pueblo ha de ser continuo, paseándose algunos al foro, pero dejando libre el proscenio. Entran y salen en la iglesia.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN *vestido de soldado á la wa'ona con plumas en el sombrero.* GERMAN *lo mismo.*

JUAN. A no tenerte obligaciones tantas,
te quitaba la vida.—¿Estabas loco?
¿Oficio de mujeres delicadas
digiste que yo hacia á la condesa?
GERMAN. Bien sabe Dios, señor, cuanto me pesa.
Entré ignorante, que no soy astrólogo,
ni pude adivinar que visitaba
á doña Ines entonces tu condesa.
JUAN. ¿Pues no bastaba, necio, ser la casa
de doña Ines?
GERMAN. ¿Si hubiera de guardarme
de todas las señoras que conoces,
á quién las flores de vender habia?
JUAN. ¡Malditas sean las flores! ¡Que aun de burlas

me dan por fruto penas tan de veras!
¡Hay vergüenza como esta! Me parece
que escucho con la risa que se burlan,
y me salen al rostro mas colores
que hay de ellos diferencias en las flores!
No me quejo de tí, mas del destino:
otro fruto esperar de flores falsas
fuera, German amigo, desatino!

GERMAN. Tú en el dolor te metes y te embalsas
con delicia, señor, y hoy sin razones.

JUAN. Honrado eres, German, leal amigo,
pero muy lego en esto de pasiones.
Mira: con los dineros de las flores,
á tanta costa y por mi mal ganados,
mas yo de cuyos eran ignorantes
vestímonos entrambos de soldados.
Mozo y amante soy; vime con galas:
anoche hubo un sarao, fuí, lo sabes,
y entre las damas todas de Valencia,
pesar causó á una sola mi presencia!
Todas, compadeciendo mi desdicha,
blandas y favorables me acogieron:
mas los ojos, German, que humilde adoro,
de fijarse en los mios siempre huyeron.
Busqué en vano la causa á sus desdenes,
hoy la se ya: mataron mis amores
estas manos, German, haciendo flores!

GERMAN. ¡Nunca yo tal historia te contara!

JUAN. Adios, honrados pensamientos mios,
ó si quereis venir conmigo á Flandes,
venid, donde una bala vuestro fuego
apague con mi vida y amor ciego.

GERMAN. ¿Con que á Flandes, señor?

JUAN. ¿Pues cómo quieres
que ya delante Hipólita parezca?
Hombre de quien se burlan las mugeres,
no espere nunca que su amor merezca.
Si aun antes de saberlo me partia,
porque ya de ablandar desesperaba
el duro pecho de la ingrata mia,
¿No he de partir, German, cuando no alcanza
mi amor ni sombra ya de una esperanza?

GERMAN. Cuenta que pienso que dichoso eres,
porque me dijo: «Espero que de fruto
alguna de estas flores!...»

JUAN. ¡Disparate!
¡Flores de seda y tierra de azafate
no pueden fruto dar; German, partamos.

GERMAN. Para tan largo viaje, pobres vamos:
Tragado se han las flores los vestidos:
¿Quieres que el resto al juego lo arriesguemos?

JUAN. No puedo yo ganar: tiemblo al oirte.

GERMAN. Si temes, la fortuna es mujer, basta;
nadie con miedo su rigor contrasta.
(*Hablan entre si.*)

ESCENA II.

DICHOS.—D. ALONSO *y* D. FRANCISCO *que no ven á* GERMAN *y* D. JUAN.—D. ALONSO *pobremente vestido.*

FRANCISCO. ¿Qué os tengo de decir si tal responde?

ALONSO. En declinando de su estado alegre
la suerte con un hombre, don Francisco,
no para hasta acabar de destruirle. (*Hablan entre si.*)

GERMAN. ¡Tu hermano! (*Aparte á don Juan.*)

JUAN. ¿Pues qué temes? Esta plaza
es de Predicadores, no su puerta.

GERMAN. Con todo eso es bien que verle escuses;
porque segun estais, es gran prudencia
huir las ocasiones.

JUAN. Porque quiero
comprar para el viaje algunas cosas
me voy, que por temor no me ausentara.

GERMAN. A quien enfada se ha de huir la cara.

JUAN. Tú en busca ve, German, de algun tratante
con quien para embarcarme hacer concierto;
que iremos á caballo de aquí al puerto
de Vinaroz.

GERMAN. ¿Y donde podré hallarte?

JUAN. Pasando un hora en esta misma acera.

GERMAN. Puntual vendré, señor.

JUAN. Aquí me espera.
(*Vanse cada uno por su lado.*)

ESCENA III.

D. ALONSO. D. FRANCISCO.

FRANCISCO. ¡Tan gran resolucion no ví en mi vida!
ALONSO. No tengo que esperar: perdido quedo,
y aun de perder el seso tengo miedo.
FRANCISCO. Pues yo os prometo que la hablé tan libre,
aunque tuve respeto á la condesa,
como si menos calidad tuviera.
ALONSO. ¡Rigor de la fortuna, siempre adversa,
á todos mis intentos! Ya no tengo
ni que esperar, ni que perder, perdida
la que fuera el remedio de mi vida!
¿Tan gran mudanza quien la habrá causado?
Sin duda que de mí la han informado:
la perdicion ha sido de mi hacienda
ocasion de perder tan alta prenda!
FRANCISCO. ¿Pensais que os faltarian enemigos?
ALONSO. ¡Yo enemigos! ¿Pues quien?...
FRANCISCO. Los mas amigos.
ALONSO. ¡Los mas amigos!
FRANCISCO. Si; porque acabados
el dinero, las fiestas y convites,
vereislos en contrarios ser tornados.
Debe importaros de ello dos ardites,
mas recordad un tiempo en esta plaza,
que el nombre lleva de Predicadores
y á la que acuden príncipes, señores,
hidalgos, oficiales, damas, plebe,
cuanto á vivir ocioso aquí se atreve;
recordad y decid: ¿Do está Rosela?
¿Donde los codiciosos mercaderes?
¿Dejais detras de vos aquella estela
de criados, parásitos, mugeres,
de vuestros vicios cómplice ó testigo?
¿Teneis fuera de mí ningun amigo?
ALONSO. No los tengo, Francisco, ni los quiero.
Por no decir ó hacer un disparate,
pronto pienso ausentarme de Valencia.
FRANCISCO. Ahora es necesaria mas prudencia.

ESCENA IV.

Dichos *y* Octavio.

Octavio. Aquí se acercan, señor,
la condesa de la flor,
doña Ines, doña Constanza,
en fin, toda tu esperanza:
llega, harante algun favor.
Del coche se han apeado,
que entrar en Predicadores
quieren.
Alonso. ¡Gracioso criado!
Octavio. Licencias se dan mayores
á un casamiento tratado.
Llega, que es gran medianera
la condesa.
Alonso. Calla, Octavio,
que esa Constanza, esa fiera,
me ha hecho el mayor agravio
que un enemigo pudiera.
Sin ella quedo perdido;
que no quiere, ha respondido,
llevar á cabo el concierto.
Octavio. ¿Cierto, señor?
Alonso. ¡Oh! tan cierto
como sin dicha he nacido.
Octavio. No sé que respuesta darte.
Alonso. Yo si, que en tantos cuidados
quiero dejarla y dejarte.
Ve y despide á los criados,
di que vayan á otra parte
donde tengan mas ventura;
yo no tengo que les dar. (*Yéndose.*)
Octavio. ¡Oye, señor!
Alonso. ¡Quien procura
de muger, sino pesar,
tiene muy poca cordura! (*Vase.*)
Octavio. ¡Ay don Francisco! ¿Que es esto?
Francisco. Que se perdió la esperanza
que en la dote se habia puesto.
Octavio. ¿No quiere doña Constanza?

FRANCISCO. No, pues lo dijo tan presto. (*Vase.*)
OCTAVIO. ¡Pues buenos hemos quedado!
Quien en la muger y el dado
libra esperanzas ¿qué espera? (*Vase.*)

ESCENA V.

LA CONDESA. DOÑA INES. DOÑA CONSTANZA, *con mantos.* DURANGO.

CONDESA. Holgárame que no fuera
tarde.
DURANGO. Está el tiempo nublado,
no es dia de ir á la mar.
Vean si quieren rezar,
que no ha de ser todo fiestas.
CONDESA. Las demandas y respuestas
suelen, Constanza, dañar:
muy bien tu resolucion
aprovechó el desengaño.
CONSTANZA. Pienso que fué discrecion;
y de mi pasado engaño
pido á los cielos perdon.
INES. Cuan bien anoche lucia
vuestra gala castellana
en el sarao!
CONSTANZA. Algo impia
andubo, sino tirana.
CONDESA. ¿Que dices? No os atendia.
INES. Que melancólica os vió
ayer noche en el festin.
CONDESA. Pensativa; triste no.
CONSTANZA. Desdeñosa estuvo en fin.
CONDESA. ¿Con quién?
INES. ¿No lo adivinó?
CONSTANZA. Confesemos que don Juan,
mal que pese á su pobreza,
anoche fue el mas galan.
CONDESA. ¿Es lisonja?
INES. ¿En gentileza,
sus rivales donde están?
DURANGO. (Su sarao maldiga Dios,

que he de morir de un sarao.
Siempre de ellos y del Grao
traigo romadizo y tos.)
(*Las damas se acercan á una tienda, y se entretienen en ver las muestras.*)

ESCENA VI.

DICHOS. GERMAN.

GERMAN. Pronto hallé al de Vinaroz,
y el embarque he concertado;
para que hasta allá lleguemos,
don Juan buscará caballos,
que despues al mar le queda
de nuestras desdichas cargo.
¿Qué haré, mientras, como manda,
á mi señor aquí aguardo?
CONDESA. ¿No es aquel German?
CONSTANZA. El mismo.
CONDESA. ¡German! ¿Donde tan bizarro?
GERMAN. Esta vez no me avergüenzo,
bellas señoras, de hablaros;
que si bien no voy muy rico,
voy al fin como soldado.
CONDESA. ¡Como soldado! ¿Qué dices?
GERMAN. Cansado don Juan, mi amo,
de tantas necesidades,
y rigores de su hermano,
sin esperar alimentos,
que mal pudiera pagarlos
quien por mugeres, por juego,
por banquetes y por bravos,
ayer vendió sus lugares
y hoy no tiene ni criados;
irse á Flandes determina,
haciendo al viage el gasto
la limosna que le dísteis
por las flores de sus manos.
El flete ya se ajustó,
prontos están los caballos,
la nave espera en el puerto,

Dios se le dé á sus trabajos.

CONDESA. ¿Y cuándo os vais?

GERMAN. Esta tarde.

CONSTANZA. (La color se te ha mudado.) (*A la condesa.*)

CONDESA. (¡Confiésote que me pesa! (*A Constanza.*)
Déjame hablar al lacayo.)
(*Se retiran á un lado Ines y Constanza.*)
German, gran resolucion
ese tu dueño ha tomado.
¡A Flandes!

GERMAN. ¿Pues qué ha de hacer?
¿No es mejor que de un balazo
termine tantas desdichas,
y repose en suelo estraño,
que verse en su patria pobre,
y tan pobre que ha llegado
á vivir, haciendo flores,
del trabajo de sus manos?

CONDESA. Quien hace flores sin fruto,
no se tenga por buen campo.
No le digo que se vaya,
ni que se esté; pero cuando
un honbre de bien intenta
seguir con ánimo honrado
un heróico pensamiento,
ha de morir sin dejarlo.
Que en amor es como en guerra:
si muchos son los contrarios,
si retirarse no es honra,
basta morir peleando.
y añade estas dos palabras:

GERMAN. Ya señora las aguardo.

CONDESA. Nunca buena dicha aguarde,
el que se va de cobarde.

GERMAN. De mí lo oirá cuando venga,
que aquí le estoy esperando.

CONDESA. (Bueno es saberlo.) ¿Quereis (*A las demas.*)
que nos vamos?

CONSTANZA. ¿Como vamos?

CONDESA. Llena de enojo y pasion.

CONSTANZA. ¡Quieres bien y andas burlando!

CONDESA. ¿Yo quiero bien?

CONSTANZA. ¿No lo ves?
CONDESA. ¿Aun pobre?
CONSTANZA. Sí, mas gallardo.
CONDESA. No lo creas.
CONSTANZA. No hay señal
de amor, mayor que negarlo.
INES. Don Juan viene.
CONDESA. Vamonos.
INES. ¿Huyes de él?
CONDESA. Digo que vamos.
(Primero á German escuche;
despues .. ¡lo que quiera el hado!)

ESCENA VII.

DON JUAN. GERMAN.

GERMAN. ¿Eres tú, señor?
JUAN. Yo soy.
GERMAN. ¿Qué has de llegar siempre tarde
para tu bien?
JUAN. No te entiendo.
GERMAN. ¿No ves aquel negro manto?
JUAN. Si veo.
GERMAN. Bajo sus pliegues
va tu cielo soberano.
JUAN. ¡La condesa!
GERMAN. La condesa.
¡Oh, si llegaras!
JUAN. Temblando
estoy de solo escucharte.
GERMAN. Roto y desnudo has osado
verla y seguirla otras veces,
¿y ahora galan y bizarro,
lleno de plumas y airoso
tiemblas? Síguela.
JUAN. Pensando
en que la pierdo, German,
lengua y pies se me han helado.
Ya se perdió entre la gente;
negros son todos los mantos;
conocerla es imposible.

GERMAN. La ocasion se te ha escapado;
¡pues en tu vida pudieras
llegar con ánimo tanto!
JUAN. ¡Cómo!
GEZMAN. Así como la dige...
JUAN. ¿Con ella hablaste?
GERMAN. Y muy claro.
JUAN. ¡Te envidio!
GERMAN. Cuando la dige (*Va anocheciendo.*)
que te vas desesperado,
quedó como flor del sol
en ausencia de sus rayos;
Mandóme que te digese,
«Que quien con ánimo honrado
emprende un gran pensamiento,
ha de morir sin dejarlo;
y que en amores y guerras,
que se parecen entrambos,
no pudiendo huir con honra,
se ha de morir peleando.»
Y añadió estas dos palabras...
JUAN. ¡Dilas presto que me abraso!
GERMAN. «Nunca buena dicha aguarde
el que se va de cobarde.»
JUAN. ¿Qué es eso, German?
GERMAN. Que quiere
que esperes, y quiere tanto
que se lo viera en los ojos
un ciego.
JUAN. ¡Seré yo amado!
¡Ay condesa!
GERMAN. Es de la flor,
y de tus flores hablamos,
diciéndome que en el fruto
eras muy estéril campo.
Palabras son esas, digo,
para esperar dos mil años.
De mi consejo esperemos;
por lo menos, no partamos
hasta ver si se declara.
JUAN. German, déjame dudarlo:
tanto bien, en mi desdicha

no se dá sino soñado.

GERMAN. Mira que son sus palabras...

JUAN. Tiene amor tantos engaños,
es ella tan principal,
tan de hermosura milagro,
que un príncipe dudaria,
no digo yo, pobre hidalgo!

GERMAN. Dime, ¿Dónde hay corazon
de tan duro bronce ó mármol,
que no se ablande ó se mueva,
rogando, llorando, amando?
¿De tu humildad la condesa
no se puede haber pagado?

JUAN. Bien dices, que muchos dias
me ha visto uncido á su carro,
sin temer hielos de noche,
ni de dia ardientes rayos.
Algun efecto habrán hecho
los desdenes soportados,
los amores silenciosos,
los padecidos agravios.
No mira amor en riquezas,
desnudo suelen pintarlo.
Yo me quedo á proseguir
el intento comenzado,
hasta que sepa, bien mio,
que con este amor te canso.

GERMAN. Bien dices y bien harás.
¡Fuera plumillas de gallo!
(*Quitándose las del sombrero.*)
¡Que Flandes hay como ver
á tu señora en tus brazos!

JUAN. Vamos, German, á buscarla.
¿Distinguirás tú los mantos?

GERMAN. Ya sabes tú que de noche
todos los gatos son pardos.

JUAN. Probemos, entre esa gente.
¿Qué se pierde en intentarlo..?

GERMAN. ¡Nada por Dios! Eso quiero,
verte alegre y fuerte y bravo.

JUAN. Espero en Dios que algun dia,
German amigo, veamos... (*De noche.*)

GERMAN. Dilo y en buen hora sea.
JUAN. ¡El rico y pobre trocados!

ESCENA VIII.

LA CONDESA, DOÑA CONSTANZA, *embozadas en mantos.*

CONSTANZA. ¿Por qué dejamos el coche
y á doña Ines en su casa?
¿Condesa, qué es lo que pasa
que así venimos de noche?
¿Por qué al arzobispo viste
en su palacio ahora mismo?
¿Qué mal ó que parasismo
te tiene, amiga, tan triste?
CONDESA. Ya he dicho que pensativa.
¿No te oí que fué don Juan
ayer noche el mas galan?
CONSTANZA. Como siempre. Asi yo viva
como venció su pobreza
á la riqueza mayor.
CONDESA. Pues yo estoy loca de amor
por su pobre gentileza.
CONSTANZA. Que no te puedo culpar,
Hipólita te aseguro.
CONDESA. Corrida estoy, te lo juro,
de lo que vengo á intentar.
CONSTANZA. ¿Y es ello?
CONDESA. Quiero saber,
para cierto pensamiento,
si iguala el ententimiento
al esterior parecer.
Nunca de hablar dí licencia
conmigo al pobre don Juan.
No sé dél mas que es galan,
y tiene mucha paciencia;
y si me ha de despicar
de don Juan alguna cosa,
Constanza, estoy sospechosa
que ha de ser oirle hablar.
CONSTANZA. Entiendo. A tu discreccion
podrá ser que no contente,

mas de ingenio entre la gente
tiene don Juan opinion.
Háblale, pues, vesle ahí.

CONDESA. ¡Tápate, por Dios, muy bien!

CONSTANZA. Su Acátes viene tambien,
y me ha de caber á mí.

ESCENA IX.

Dichas. DON JUAN *y* GERMAN.

GERMAN. Ni el diablo mismo la hallara.

JUAN. No lo quiso mi fortuna.

GERMAN. La muchedumbre importuna
lo estorbó... Señor, repara.

JUAN. ¿Qué?

GERMAN. Una dama.

JUAN. Y bien vestida.

GERMAN. En viéndote se tapó.

JUAN. ¿Pues quién será?

GERMAN. ¿Qué sé yo?
De noche aquí... arrepentida.

CONDESA. ¡Ah, caballero! (*Siempre tapada.*)

JUAN. ¿Es á mí?

CONDESA. ¿Pues quién es el caballero?

JUAN. Si consiste en el dinero,
ninguno hallareis aquí...

CONDESA. ¿Con ese talle sois pobre?

JUAN. Bachillera pareceis.
Oid la causa y sabreis...

CONDESA. Deseo que el bien os sobre.

JUAN. Con la hacienda gracia alguna
no se dá, riñen las dos;
porque la gracia es de Dios,
la hacienda de la fortuna.
¿Qué es fortuna? Un desatino;
y Dios ya sabeis quien es.

CONDESA. ¿Qué te parece?

(*Hablan á parte D. Juan con German y la Condesa con Constanza.*)

CONSTANZA. ¿No ves
que entendimiento?

CONDESA. ¡Divino!
CONSTANZA. Que presto te contentó.
CONDESA. Trage yo mny buen deseo.
¿Vais de camino?
JUAN. Yo creo
que á donde nadie llegó.
CONDESA. ¿Pues á donde caminais?
JUAN. Camino al Sol.
CONDESA. ¿Estais loco?
JUAN. Debo estarlo.
CONDESA. No hareis poco,
si algun dia al Sol llegais.
JUAN. Nó: llegar es imposible:
con mirarle me contento,
porque basta el pensamiento
si es la empresa inaccesible.
CONDESA. ¿Quereis decirme quien es?
JUAN. No me dan tanta licencia.
CONDESA. ¿Y tomareisla en su ausencia
para qué este milanés (*Señala una tienda.*)
nos dé ciertos pasamanos.
JUAN. Forasteras pareceis,
pues la historia no sabeis
de dos perdidos hermanos.
Mas sabida ó no sabida,
que de mí os burleis ó no,
no acertaré á negar yo
cosa que dama me pida.
Veremos al mercader,
y si él me quiere fiar,
cosa que en este lugar
mas que imposible ha de ser,
¡y á mí, pobre y de camino!
con la tienda os serviré.
¡Ah señor Laurencio! (*Llegándose á la tienda.*)
CONSTANZA. Fué
pedírselos desatino;
que se ha de ver en vergüenza.
CONDESA. ¿Por qué, si yo estoy aquí?

ESCENA X.

Dichos y el MERCADER.

MERCADER. ¿Mandais algo?
JUAN. Aunque de mí... (*Con embarazo.*)
CONSTANZA. (¡Ay que turbado comienza!) (*A la Condesa.*)
JUAN. No os habeis nunca servido,
os soy muy aficionado.
Estas damas me han mandado
y quizá por burla ha sido,
que les dé unos pasamanos
y unos córtes de Milan...
Yo soy....
MERCADER. El señor don Juan,
á quien yo beso las manos.
JUAN. Vos conoceis mi pobreza,
dinero no tengo alguno,
y no he de ser importuno,
alegando mi nobleza.
Si con vos mi ruego labra,
que á estas damas contenteis,
cuando pueda os cobrareis.
MERCADER. Me sobra vuestra palabra.
Sí lo pidiera el virey
no lo llevara mejor.
CONDESA. ¡Todos le tienen amor!
CONSTANZA. Y á tí te alcanza esa ley. (*A parte las dos.*)
MERCADER. ¿Son dos córtes de Milan?
CONDESA. Esos don Juan los añade.
MERCADER. ¿Hay mas en casa que agrade?
CONDESA. El mercader es galan.
Sí; de pasamanos rizos
cuarenta varas.
MERCADER. Pues voy.

ESCENA XI.

Dichos menos el MERCADER.

JUAN. Crédito tengo aunque soy
pobre.

CONDESA. Sois rico de hechizos.
¡Pasamanos os pedí,
y córtes dais ademas!

JUAN. Lo que me piden jamas
el darlo me agradecí;
sino lo que no me piden.

CONDESA. De la suerte fue rigor
que no seais gran señor.

JUAN. Mis desventuras lo impiden.
Buen camino y buena estrella
mi fortuna me enseñaba.

CONDESA. Don Juan, no hay fortuna brava
cuando el valor la atropella.

ESCENA XII.

Dichos. EL MERCADER *con unos paquetes.*

MERCADER. Aquí viene todo y bueno,
de lo mejor de Milan.

CONDESA. Oid. (*A parte al Mercader.*)

MERCADER. Decid.

CONDESA. A don Juan,
que está de vergüenza lleno,
no pidais nada, que yo
soy mejor que habreis pensado;
por probarle me he burlado.
¿Sabeis de piedras?

MERCADER. ¿Pues nó?

CONDESA. Pues guardad ese diamante
hasta que os mande el dinero.

MERCADER. Ni vuestro diamante quiero,
ni otra prenda semejante,
que mas estimo servir
á un hombre como don Juan,
que cuanto vale Milan:
y si volveis á pedir,
la casa le he de fiar,
los hijos y la muger;
que la virtud ha de ser
riqueza en todo lugar.

CONDESA. ¿Qué os hizo que en tal estima

le teneis?

MERCADER. Es caballero
en la virtud y el acero,
en lo cortés y en la esgrima.
Con los grandes reportado;
modesto con sus iguales;
con tratantes y oficiales
siempre afable y mesurado...
No quiero mas alaballe
que es oficio de tercero.

ESCENA XIII.

Dichos menos el MERCADER.

CONDESA. Dos palabras, caballero:
vuestra cortesía y talle,
me obligan á grande amor:
esta noche os quiero hablar.

JUAN. Habreisme de perdonar,
porque el divino valor
de la señora que sigo
no me da lugar á ofensa.

CONDESA. ¡Qué firme galan!

CONSTANZA. ¡Si piensa
quien eres! *(Las dos aparte.)*

CONDESA. Lo mismo digo:
mas pienso que se turbara.
Mirad, don Juan, vuestra empresa
ya sé yo que es la Condesa,
y todo en el viento para;
porque aguarda cada dia
á un título siciliano,
casi dueño de su mano.

JUAN. Ya sé la desdicha mia,
ya sé que se va á casar:
¿Mas qué importa que se case,
que me hiele ó que me abrase,
si yo siempre la he de amar?

CONDESA. ¿Si os buscase para daros
un recado de su parte?

JUAN. ¡Yo digo que teneis arte,

señora, para burlaros!
Digo que no teneis precio
en lo discreta.

CONDESA. ¡Pues vos!

JUAN. Eso no, que entre los dos
tengo yo de ser el necio.

CONDESA. ¿Por que?

JUAN. No os puedo querer;
mas si Condesa no hubiera,
estad cierta que os quisiera
por tan cortés proceder.

CONDESA. ¡Dios os pague la intencion!
¿Si la Condesa os hablara,
qué hiciérades?

JUAN. Yo temblara.

CONDESA. ¿Pues qué es vuestra pretension?

JUAN. Quererla hasta que me muera.

CONDESA. ¡Dios os harte de querer!
Pues en verdad, es muger
que si os hablara, os quisiera.

JUAN. ¡A mí!

CONDESA. Á vos.

JUAN. No lo creais,
que es angélica, es divina,
trasparente, cristalina;
muger que si la mirais,
suspirareis por ser hombre.
¡Ay de mi humilde fortuna!

CONDESA. Oí contar que á la luna,
aunque la empresa os asombre,
ladraba un perro y la hacia
grandes fieros. ¿Sereis vos?

JUAN. No me curareis, por Dios,
con eso de mi manía.

CONDESA. Eso sí, valor tened,
que es muger y ser podria
vencerla vuestra porfia.

JUAN. ¿Yo esperar tan gran merced?

CONDESA. Ella ganára, por Dios,
que es fea y no muy discreta.

JUAN. Voime. (*Hace que se va*).

CONDESA. Quedo. (*Deteniéndole.*)

JUAN. ¿Es una treta,
ó he de enfadarme con vos?
Si os he de hablar, ha de ser
solamente en la belleza
de Hipólita.
CONDESA. La pobreza
os hace desvanecer.
JUAN. Pobre ó no, yo me contento
con ser rico de este bien. (*Hablan entre sí.*)
GERMAN. Hablemos acá tambien
pues que lo toman de asiento.
¿Es criada de esa dama
vuesa merced?
CONSTANZA. Como él (*Con afectacion.*)
de su amo.
GERMAN. ¡Estilo cruel
tenemos! ¿Cómo se llama?
CONSTANZA. ¿Yo? Doña Tigre.
GERMAN. ¡Mal año!
Y mas si criando está,
que dicen que correrá
tras el cazador un año.
Pues entonces su señora,
segun la casa se entabla,
se llamará doña Diabla.
CONSTANZA. Ese nombre tiene ahora.
(*Siguen hablando entre sí.*)

ESCENA XIV.

Dichos. DURANGO *azorado.*

DURANGO. Perdóneme tu respeto, (*A la condesa.*)
señora, si de rondon,
aunque me sobra razon,
aquí á estorbarte me meto.
CONDESA. ¿Pues como llegaste aquí,
si yo te lo he prohibido?
DURANGO. Por que el Marques ha venido.
CONDESA. ¿El siciliano?
DURANGO. Que sí.
CONDESA. Imposible.

DURANGO. Él ha llegado
no ha dos horas esta noche;
y á mi vino, allá á tu coche,
á avisármelo un criado.
Diz que trae en su compañía
bravos ciento y caballeros;
que es hombre de muchos fueros
y de condicion impía.
A casa vino á apearse,
ya llamándote muger;
y está hecho un Lucifer
por que tuvo que marcharse.
«No estando aquí mi señora,
no entrareis,» le dijo Fabio:
Y él: «Pues á mi tal agravio!
pagaralo la traidora.»

CONDESA. ¿Por eso el venir ha sido?

DURANGO. Señora, sí...

CONDESA. Pues marchad.

DURANGO. Señora, por caridad,
no te burles de un marido!

CONDESA. Mi marido lo es don Juan. (*A todos.*)

JUAN. ¡Vive Dios que el lazo es diestro!
¿Yo he de ser marido vuestro?
No soy ni vuestro galan.
Daré voces que es engaño.

CONDESA. Y por grande lo confiesa
mi fé. Yo soy la condesa. (*Descúbrese.*)

JUAN. ¡Oh! Dios! ¡Qué prodigio estraño!

CONDESA. La condesa, que no quiero
duques, condes ni marqueses,
sino á quien en los reveses
se mostró tan caballero,
tan galan, tan comedido,
tan discreto, tan prudente,
tan generoso y valiente:
ese será mi marido.
Del Arzobispo licencia
tengo ya: esta misma noche
nos casará: Presto al coche
que importa la diligencia.

JUAN. ¿Cómo podrá mi contento (*De rodillas.*)

esplicarse sino llora?
¿Cómo, mi dulce señora,
mostrar mi agradecimiento?
En mi comprais un esclavo.

CONDESA. Quien bien ama, sufre y calla,
don Juan, lo suyo se halla
si la palma logra al cabo.
¿Como no me conocísteis?

JUAN. De deslumbrado y de ciego.

CONSTANZA. ¿Tampoco á mi?

JUAN. No lo niego;
algun hechizo me dísteis.

CONDESA. De que se haga el casamiento
tratar debemos ahora.

JUAN. ¿Es posible, mi señora,
que he de lograr tal contento?

CONSTANZA. ¡Al coche! (*Viene Durango*).

CONDESA. Vamos, don Juan,
el del mar, el de las flores!

JUAN. Frutos han dado en amores
que mi dicha labrarán.
¿Qué te parece? (*A German*).

GERMAN. Que el cielo
fué tu padrino en tal dia.

JUAN. ¿No me llamas señoría? (*Burlándose*).

GERMAN. ¡A tanto alzastes el vuelo!
Mas aunque elegido aquí,
aguarda el *sí* al matrimonio,
no se deslice el demonio
entre la, *ese* y la *i*. (*Vanse*).

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO V.

Antecámara ricamente aderezada en el palacio de la condesa.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA *y* DON JUAN *de gala.*

JUAN. ¿Tan pronto á lo señoría
quereis que aprenda vivir?
CONDESA. Aun me queda que decir.
JUAN. No mas de eso, vida mia:
Los atrasos á mi amor
¿pagaislos de esa manera?
CONDESA. Sí, porque ahora sois cera,
y el sello imprime mejor.
JUAN. Yo pienso tan obediente
esclavo ser de esos ojos,
que antes de daros enojos....
CONDESA. Lengua teneis elocuente.
JUAN. ¡Ola! Aquí.
DURANGO. ¡Señor!
JUAN. Traed
el cofrecillo que os dí.
DURANGO. Voy por él. (*Váse*).

CONDESA. ¿Pues, cofre?
JUAN. Sí.
¿Sola vos hareis merced?
CONDESA. ¿Qué es lo que darme quereis?
JUAN. Yo el corazon solo tengo
y ese os le dí.
CONDESA. Y yo os prevengo
que no le rescatareis...
¿En tres dias de casado
alguna necesidad
no tuvísteis?
JUAN. No en verdad:
¡Si os tengo á vos!
CONDESA. ¡Ah taimado!
Mas yo se que no me engaño:
en vos he visto tristezas.
¿Son deudas que las pobrezas
os han dejado de antaño?
Hablad, conde mi señor,
que en casa hay harto dinero.
JUAN. Os probaré lo que os quiero,
probando vuestro favor.
Yo tengo un mayor hermano
conmigo solo avariento,
y tan cruel, que aun hoy siento
las heridas de su mano.
Tentole todo demonio:
juego y mugeres frecuenta,
y en dias ha dado cuenta
de su rico patrimonio.
Él, sosten de mi linage,
él dueño de tal herencia,
no se llevar en paciencia,
perdonad, que tanto baje....
Y cuando por vos, mi bien,
mírome yo enaltecido....
CONDESA. Mirad que como marido
sois aquí el dueño tambien.
¿Qué os atormenta? Decid.
JUAN. Los lugares que ha empeñado
mi hermano, vendido ó dado
CONDESA. Rescátense

JUAN. Y advertid
que las joyas, los diamantes,
el don Alonso empeñó.
CONDESA. Rescátense.
JUAN. ¿Cómo yo (*A sus pies.*)
podré pagar?...
CONDESA. Con amantes
finezas. Vamos, teneos:
no tan bajo, seor marido. (*Abriéndole los brazos.*)
JUAN. Un hierro en el rostro os pido. (*La abraza.*)
CONDESA. Nunca *yerran* mis deseos;
ni quiero yo, conde, *errar*,
donde tan bien acerté.
Sellar sí; mas yo diré
á donde os quiero sellar.
(*Poniéndole una mano sobre el corazon, él la besa.*)

ESCENA II.

DICHOS.—DURANGO.

DURANGO. El cofrecillo está aquí. (*Don Juan le toma.*)
CONDESA. ¿Para qué lo traen?
JUAN. Ahora
lo abriré y vereis, señora.
CONDESA. ¡Las flores!
JUAN. Esposa, sí.
Estas son aquellas flores
que labré para comer,
y German trajo á vender.
CONDESA. Hareisme salir colores.
JUAN. Vos, en todo generosa,
por no afrentarme, á German
las disteis, y él á don Juan,
que os las vuelve, dulce esposa.
Vos las habeis de guardar,
y quisiera en un diamante.
Si me hace el bien arrogante,
habeísmelas de enseñar;
que bastará á mi castigo
que vea en lo que me ví:
recordando lo que fuí,

yo seré humilde contigo.

CONDESA. Guárdolas, no como espejo
de vuestra humilde fortuna,
que la virtud, de la cuna,
imprimió en vos su reflejo.
Para dar á nuestros hijos,
Dios nos los quiera otorgar,
un ejemplo que imitar
mejor que cuentos prolijos.
Que no hay riquezas ni honores
que no destruyan los vicios,
verán, ni viles oficios
con virtud.

JUAN. ¿Donde?

CONDESA. En tus flores.
Tomad y llevadle allá,
(*A Durango dándole el cofrecillo.*)
á mi estancia.

JUAN. ¡Oh que buen puesto!

ESCENA III.

DICHOS. GERMAN, *bien vestido de mayordomo.*

GERMAN. No os quisiera ser molesto,
y es fuerza: sabed que está
hoy Valencia, cuando menos,
alborotada.

CONDESA. ¿Pues que es?

GERMAN. Ese maldito marqués
que lanza rayos y truenos
como nube de verano.

CONDESA. ¿Qué marqués?

JUAN. Ya yo lo sé:
el novio á quien suplanté.

CONDESA. ¡Rencoroso siciliano!

GERMAN. El mismo; y mil envidiosos
de tu bien se van juntando...

CONDESA. ¿Qué dices?

GERMAN. En son de bando.

CONDESA. ¿Pues tú enemigos?

JUAN. Forzosos.

¿Cómo á grande bien, faltar
puede la envidia?

CONDESA. Impedir
conviene...

JUAN. Yo voy á ir...

CONDESA. ¿Qué es lo que vas á intentar?

JUAN. Nada intento: me prevengo:
deudos y amigos tambien
me asistirán, porque ven
que, rico, á pedir no vengo;
que al rico todos acuden
como al pobre desamparan.

(*German da capa, sombrero y espada á su amo.*)

CONDESA. Si en el interés reparan,
yo haré que el intento muden.
Hacienda teneis, gastad,
gastad, conde mi señor.

JUAN. Fiad algo á mi valor.

CONDESA. La vida y la libertad.

JUAN. Yo tengo espada, y la ley
me da razon: no temais. (*Vase besándola la mano.*)

CONDESA. ¡German! ¿Solo le dejais? (*Vase German.*)
(*Despues de una breve pausa en que aparece pensativa.*)
Esto es mejor.
(*Escribe un billete, y dáselo á Durango.*)
Al virey.

ESCENA IV.

LA CONDESA.

Casáronme mis ojos, mis oidos,
mi voluntad, mi propio entendimiento,
dando con la razon consentimiento
al persuadir de todos mis sentidos;
no tan precipitados ni atrevidos
que los cegase un loco pensamiento;
porque antes en el mar del casamiento
los ha embarcado el alma prevenidos.
Amor, yo te agradezco las porfias
que con tantos dulcísimos amaños
rindieron hoy las altiveces mias;

y cuando de tal bien resulten daños,
por el placer de los primeros dias
te perdono el pesar de muchos años.

ESCENA V.

Dicha. Doña Ines y Doña Constanza, *como de visita.*

Constanza. De lo que intenta el marques
corre, condesa, la fama;
llego á nosotros, y á veros
aquí acudimos entrambas.
Condesa. La visita os agradezco.
Ines. Lo de sentir es la causa.
Condesa. Vuestra amistad, mis señoras,
siento que las penas calma.
Constanza. ¿Y el conde?
Condesa. Ciéneme inquieta
su ausencia á fé, aunque no es larga.
Ines. ¡Pues cuanto ha que os separásteis?
Condesa. Instantes hace que falta.
Constanza. ¿Y suspirais? ¡Bueno es eso!
Ines. Cosas de novel casada.

ESCENA VI.

Dichas. Durango.

Condesa. ¿Dísteis la carta al virey?
Durango. En su mano fué entregada.
Condesa. ¿Que os dijo? ¿No respondeis?
Durango. Señora, ni una palabra.
Condesa. ¿Tan descortes?...
Durango. En leyéndola,
volvióme al punto la espalda.
Está bien, dijo entre dientes,
y despues, que me marchara.
Pero en toda la ciudad
terrible alboroto anda.
Condesa. ¿Como?
Durango. Dicen que el virey
prendió con toda su guarda

al marques.

CONSTANZA. ¿Al marques?

DURANGO. Sí;
porque en conciertos andaba
para matar á tu esposo.

CONDESA. ¡Ay esposo de mi alma!

INES. Sosiégate.

CONDESA. ¡Mi don Juan!

CONSTANZA. Con razon estás turbada.

DURANGO. Y quieren prender al conde.

CONDESA. ¿Pues al conde por qué causa?

DURANGO. Hasta hacer las amistades,
porque en bandos tambien trata.

CONDESA. ¡Él preso! Amigas yo siento
que ya mi valor desmaya.

DURANGO. Señora, entrad allá dentro,
mal estais en esta sala;
es la primera y con vos
hallará quien entre en casa.

INES. Dice bien.

CONSTANZA. Vamos adentro.

CONDESA. Marchad á ver lo que pasa,
Durango, y traedme nuevas.
Yo he de morir si él me falta.

ESCENA VII.

DURANGO.

No pueden parar en bien
bodas tan apresuradas.
Subir de pobre á ser conde
de flores de seda en alas;
convertir en mayordomo
á un lacayo, es mogiganga.
¡Fiestas de Carnestolendas
á pepinazos se pagan!
Si no fuera montañes
diria que murmuraba.
Alto, pues, vamos, Durango,
á donde señora manda. (*Ruido dentro.*)
¿Pero qué estruendo es aqueste,

y qué gente se entra en casa?

ESENA VIII.

DURANGO, DON LUIS, DON FRANCISCO, LEONARDO, *y caballeros*.

LUIS. Aquí vive el conde.
FRANCISCO. Entremos.
LEONARDO. Venga ya el marqués: ¿qué aguarda?
DURANGO. Suplico á vuesas mercedes
que la de decir me hagan
que buscan.
LUIS. ¿Sois vos criado
del conde?
DURANGO. Sí.
FRANCISCO. El nos encarga,
porque en palacio el virey
le tiene bajo palabra,
que en tanto, de sus contrarios
guardemos esposa y casa.
LEONARDO. Decidle á su señoría
que hacienda, persona, espada,
al conde y á la condesa
ofrecemos con el alma.
LUIS. Aquí sus deudos y amigos
le guardamos las espaldas.
FRANCISCO. Venga Sicilia si quiere
y venga toda la Italia.
DURANGO. (Tres dias ha quien le diera
con que vestir no encontraba;
hoy tiene deudos y amigos,
que hicieran por él hazañas:
Obras son estas, fortuna
de tus rápidas mudanzas!)
Direle yo á la condesa
como está de bien guardada.

ESCENA IX.

Dichos *menos* Durango, Don Alonso *pobremente vestido embozado en una mala capa, con* Octavio *al paño. Los caballeros hablan entre sí.*

Octavio. ¿Para qué te lamentas de fortuna,
cuando la culpa fue de tus escesos?
Alonso. Al que cayó cualquiera se le atreve.
Octavio. Y añade que tener paciencia debe.
Alonso. Ya sin criados, sin hacienda ni honra,
ya sin vestidos, ni tener de donde
pueda alcanzar el mísero sustento:
¿Por qué, Octavio, me dices culpas mias?
Harto las siento, por mi mal impías.
¿Pero á dónde, á qué casa me has traido?
que yo sin saber donde te he seguido.
Octavio. En tanto mal, en desventura tanta,
no hay remedio mejor que los amigos;
ellos con el dogal á la garganta
te miren, pues del bien fueron testigos.
Alonso. ¡Amistad en desdicha: mal remedio!
No le he de hallar en falsas amistades.
Octavio. ¿Quieres ser el hidalgo de quien cuentan
que á un su amigo no habló en un año entero,
ni aun se quitaba en viéndole el sombrero;
porque habiendo de hacer una jornada
pensó pedirle al otro su caballo,
mas no lo llegó á hacer, ni dijo nada:
diciéndose: «si pido, va á negallo.»
Y por esa presunta negativa
dió muerte á la amistad cuando mas viva?
Prueba, que sin probar dudar no es justo.
Allí por la fortuna reunidos
los tienes: prueba.
Alonso. Negaránse, Octavio.
¿Quieres que ponga el rostro en vil vergüenza?
Octavio. El hambre á tu rubor es bien que venza.
Alonso. ¿Qué pediré?
Octavio. Poquito: cien ducados.
Que quien pagar no puede lo qne pide,
no lo podrá alcanzar, sino se mide.

(Don Alonso se acerca con timidez á los caballeros, segun lo indica el diálogo.)

ALONSO. (Sírvame de mis culpas en descuento.)
Que el cielo guarde al capitan Leonardo.

LEONARDO. ¿Quién es?

ALONSO. ¡Un desdichado!

LEONARDO. ¿Don Alonso?

ALONSO. El mismo soy.

LEONARDO. Ya os tengo conocido.

ALONSO. Cuanto tuve, Leonardo, es ya perdido.

LEONARDO. En banquetes y dados y mujeres,
tuviérais mas de lo que tuvo Creso,
y en tales devaneos y placeres,
lo gastárais, Alonso, y aun mas que eso.

ALONSO. Ya lo perdí. La culpa ha sido mia,
mas yo la pena pago y bien pagada.
Hora en recuerdo á la amistad pasada,
que parte fuisteis vos en mis locuras...

LEONARDO. Si es burla, don Alonso, es ya pesada.
¿Culpaisme á mí de vuestras desventuras?
Mozo soy: tal vez curso liviandades,
mas no con descompuestas vanidades
escedo mis haberes ó mi renta.
Juego lo que me sobra: pierdo ó gano,
mas de hambre no maté ningun hermano.
Decidme, en fin, á donde va el discurso,
ó no digais: ¿Dineros son prestados?

ALONSO. Necesidad me fuerza á que los pida.

LEONARDO. ¿Y pedís?

ALONSO. Poca cosa: cien ducados.

LEONARDO. ¿Poca cosa, decis, por vida mia?
No tengo, don Alonso, tal dinero
ni sé tesoro tal á dó se esconde;
mas un consejo os doy: pedidle al conde. *(Vase.)*

OCTAVIO. ¿Te dió?

ALONSO. Negose.

OCTAVIO. Pues al otro.

ALONSO. ¡Octavio!
¿Mas afrentas aun? ¿Mayor agravio?

OCTAVIO. A mal tiempo, señor, la buena cara.

ALONSO. Yo he de apurar el caliz y sus heces.
Conozco, don Luis, la amistad vuestra,

no de esas que trastorna el tiempo vario;
y vengo á daros de la mia muestra.
Jugué, perdí, empeñé, tomé prestado
y sin un solo escudo me he quedado....

LUIS. Es, Alonso, en Valencia ya esa historia,
mas de lo que conviene á vuestra fama,
á nobles y plebeyos bien notoria.
Con tiempo os advertí que os despeñábais,
pero vos que íbais ciego al precipicio,
tal vez molesto amigo me llamábais
porque os quisiera ver obrar con juicio.

ALONSO. Confieso el vuestro yo con mi locura;
pero hoy he menester mas que consejos
dineros.

LUIS. ¿Cuantos son?

ALONSO. Son cien ducados.

LUIS. Perdí en el juego anoche.

ALONSO. ¿Eso responde
vuestra amistad?

LUIS. Con pena: mas no puedo.

ALONSO. ¿Y que he de hacer, Luis?

LUIS. Pedidle al conde (*Vase.*)

ALONSO. ¡Al conde! Al conde, dijo ya Leonardo.
¡Condenado estoy yo que en iras ardo!
¡Oh amistad de parásitos, villana
que mudas de la tarde á la mañana!

OCTAVIO. ¿Ese tambien, señor, te dió capote?

ALONSO. Tambien.

OCTAVIO. Pues aun te queda don Francisco
que es blando.

ALONSO. Como lobo en el aprisco
son blandos con el rico que empobrece
los que en sus devaneos le ayudaron.
En fin yo he de probar...

OCTAVIO. No hay otro medio.

ALONSO. Don Francisco, sabeis como acabaron
para mí los deleites, la riqueza,
cual rápido brillar de viva llama;
sabeis en fin que gimo en la pobreza,
sin criados ni hacienda, hasta sin dama.
Hoy me llega á faltar hasta el sustento.
Noble soy; contemplad con cual vergüenza

se engendran voces tales en mi aliento.
Necesidad no hay cosa que no venza:
¡ríndese mi altivez al duro yugo!
Dineros necesito: á vos prestados,
pues que ordenarlo al cielo así le plugo,
hoy me atrevo á pediros cien ducados.

FRANCISCO. Gusto tuviera yo en poder serviros,
aunque desdichas tales no remedian
bolsas de hidalgos pobres cual la mia;
mas la verdad, Alonso, es que me asedian
grandes necesidades este dia.
Discreto sois, y á quien así responde
no mas molestareis.

ALONSO. ¿Y en mi quebranto
á quien he de acudir?

FRANCISCO. Tened el llanto
y remedio pedid...

ALONSO. ¿A quien?

FRANCISCO. Al conde.
Salgamos á la calle, caballeros
con Leonardo y Luis, ya los primeros.

ESCENA X.

DON ALONSO. OCTAVIO.

ALONSO. ¡Viva estátua soy de hielo!
¡Yo verme tratado así!
¡Como te vengas de mí,
implacable airado cielo!

OCTAVIO. ¿Qué, tampoco dió consuelo
don Francisco á tus desdichas?

ALONSO. ¡No son ya ni para dichas
las que me asaltan, Octavio!

OCTAVIO. Pues dias ha que en tu labio
no hablan por cierto las dichas.

ALONSO. ¡Los tres la misma respuesta!

OCTAVIO. ¡Negarte los cien ducados!

ALONSO. Concertáronse taimados
para hacer de mi mal fiesta.

OCTAVIO. ¿En ocasion como aquesta?

ALONSO. Si lo mismo me responde

cada cual, dí ¿no se esconde
en sus palabras misterio
de burla?

OCTAVIO. ¿Por qué no serio?
¿Te han dicho?

ALONSO. Pedidle al conde.
(*Octavio se encoge de hombros.*)
Mal haya el juego villano,
hijo vil de la fortuna!
¡Mal haya amen la importuna
facilidad de esta mano!
Mal haya el gusto tirano
de tanta libre muger!
¿Que tengo, Octavio, de hacer
para salir de Valencia?

OCTAVIO. Escúchame y ten paciencia
que bien la habras menester.
El conde...

ALONSO. ¡Tambien!

OCTAVIO. Tu hermano...

ALONSO. ¡Conde, mi hermano!!

OCTAVIO. Está atento.

ALONSO. ¿Podré tener sufrimiento?

OCTAVIO. Prueba.

ALONSO. Intentarlo es en vano.

OCTAVIO. Direte en estilo llano
un gran milagro de amor;
la condesa de la Flor
con tu hermano se ha casado.

ALONSO. ¡Loco estás, desatentado!

OCTAVIO. Tú eres quien lo está, señor.
Tres dias há se casaron,
toda Valencia lo sabe.

ALONSO. ¡Que esto escuche yo y no acabe!
¿Cómo á mí me lo callaron?

OCTAVIO. Tus desdichas estorbaron
que á tí la nueva llegase.

ALONSO. ¿Y á mí que muera ó se case,
qué me importa? Huyamos de él.

OCTAVIO. ¿En tu desdicha cruel
qué mucho te remediase?

ALONSO. ¿Pues. ignorante, yo habia,

aunque de hambre me muriese
de pedirle que me diese
cosa alguna, á quien solia
yo negar la hacienda mia?
¿Yo darle tanta venganza?
¡Antes muera mi esperanza!
¿Tienes seso?

OCTAVIO. Escucha un poco.

ALONSO. El hambre te ha vuelto loco.

OCTAVIO. Y á tí la desconfianza.
De noche por esa puerta...

ALONSO. ¿Vine á su casa?

OCTAVIO. Engañado.
Perdona á tu fiel criado,
que otra á tu bien no ve abierta.
Ya ves la sala desierta,
quitan la luz, y al pasar
tiene costumbre de dar
al que pide con pasion
por lo menos un doblon,
y á cuatro suele llegar.
Sin que te conozca así...

DURANGO. Se hará, señor mayordomo. (*Dentro.*)

ALONSO. Ya mas de veras lo tomo.
¿Es ese el lacayo?

OCTAVIO. Sí.

ESCENA XI.

Dichos. GERMAN.

(*Comienza á oscurecer gradualmente para que al acabar esta escena sea de noche.*)

GERMAN. He de ganar las albrícias
de la paz ya concertada.
Dió don Juan buena estocada:
de marido altas primicias.

ALONSO. ¿Yo al lacayo? No por Dios; (*Bajo á Octavio.*)
¡fuera ya mucha bajeza!

OCTAVIO. Yo iré, que por tu braveza
nos moriremos los dos.

¡Señor German!

GERMAN. Pues Octavio; (*Entonándose.*)
¿Vos por aquí? (Petitorio)

OCTAVIO. Vuestro mérito notorio
os elevó...

GERMAN. Selle el labio:
no me pago de lisonjas.

OCTAVIO. Como mandeis. ¿Bien os vá?

GERMAN. Mejor servido no está
ningun vicario de monjas.
Pero diga lo que quiere,
que está esperando el amor
del buen conde mi señor
con unas ansias que muere.

OCTAVIO. Don Alonso, buen German,
pobre está, como sabeis
y yo os pido que le deis
algo en nombre de don Juan,
que será del conde agravio,
viéndole en tanta riqueza,
de su hermano la pobreza.

GERMAN. (Lo de antaño trova Octavio,
mas yo le responderé.)

OCTAVIO. ¿Qué decís?

GERMAN. Que me ha pesado
de oiros: mas me ha ordenado
que á su hermano nada dé
sin avisarle. Esto pasa.

OCTAVIO. ¿Para tal hay causas grandes?

GERMAN. Vaya don Alonso á Flandes,
volverá con honra á casa.

OCTAVIO. Es contra ley natural
tratarle así en tales daños.

GERMAN. Allá en los reinos estraños
no están los pródigos mal.

OCTAVIO. ¿No ha de apiadarse don Juan
de don Alonso su hermano?

GERMAN. Octavio, el discurso es vano,
cumplo la órden que me dan:
hablaré por vos en esto;
y si él lo manda, se hará.
(*Váse por donde la Condesa.*)

OCTAVIO. Con mis palabras se va;
bien su venganza ha dispuesto. (*Es de noche.*)

ESCENA XII.

DON ALONSO. OCTAVIO.

ALONSO. Irme quiero del lugar:
un hora me aguarda en él.
OCTAVIO. ¡Respuesta ha sido cruel!
ALONSO. ¿Ya qué tengo que esperar?
OCTAVIO. Señor, á ver á tu hermano.
ALONSO. Mas que á la muerte le temo.
OCTAVIO. Él es tu recurso estremo,
y tan gallardo y humano,
que á pedirle alguna cosa,
dicen, des que se casó,
ningun hidalgo llegó
á quien con mano piadosa...
Él llega... la oscuridad
te ha de cubrir...
ALONSO. ¡Ay de mí!
OCTAVIO. Habla una palabra allí,
y probarás su piedad.
ALONSO. Cobarde y helado estoy,
todos mis miembros temblando;
y es que el cielo va trazando
que vengado ha de ser hoy.

ESCENA XIII.

DON JUAN *y Dichos.*

JUAN. No le ha pesado al virey (*Al paño.*)
que remitiese á la espada,
el duelo que ese marqués
con bandos fieros trazaba.
Caballeros,[1] la fortuna
coronó mis esperanzas;
el siciliano vencido
para su tierra se embarca;
y ya la ciudad parece

que reposa sosegada.
Por el pasado servicio
quedoos debiendo las gracias,
y pongo á vuestro mandar
cuanto don Juan pueda y valga.

(*Saluda como si se despidiese de los caballeros y se adelanta al proscenio.*)

Inquieta debe de estar
la señora de mi alma.
Pero, ¿qué veo? ¿embozados
á estas horas en mi casa?

OCTAVIO. Nos ha visto. (*A D. Alonso.*)

JUAN. Caballeros:
¿qué es lo que buscan? ¿qué aguardan?
¿Son del marqués y me acechan?
Desnuden pronto la espada. (*Desenvainando.*)

ALONSO. ¡Octavio, cual nos recibe!
Si necesidad es arma, (*A D. Juan.*)
harto prevenidos de ella
entramos en esta casa.
¿Sois vos el señor don Juan?

JUAN. Don Juan de Fox, que hoy se llama
conde de la Flor, soy yo.

ALONSO. ¿Y de quién asi se guarda?

JUAN. De un rival, cuyos parciales
diz que matarme trataban,
segun avisos que tengo.

ALONSO. Los que avisan nunca matan.

JUAN. ¿Quién sois vos?

ALONSO. Un caballero
de noble y clara prosapia,
que rico fué, y se ha quedado
sin mas que esta humilde capa;
Quiere irse á Flandes, en busca
de alguna piadosa bala;
mas su pobreza es tan grande,
su ventura tan escasa,
que no le deja con que
á buscar la muerte vaya.
Sabe que á vos, ayer pobre,
hoy la fortuna os ensalza;
lances son de sus caprichos

que siempre ha sido voltaria;
limosna vengo á pediros,
señor, para la jornada.

JUAN. Esa, señor caballero,
daré yo de buena gana,
que tales como las vuestras
fueron ayer mis desgracias;
mas ya os he dicho que hay gentes
que matarme fieras tratan.
Dos sois, y estais embozados;
si al henchiros de oro y plata
las manos, me henchís el pecho
del plomo de alguna bala,
no será la culpa vuestra.
Hacedme merced y tanta
que aquí solamente entreis.

ALONSO. ¿A donde?

JUAN. Hasta la otra sala.

ALONSO. No puedo donde haya luz;
porque si me veis la cara
en vez de darme limosna,
me atravesareis la espada.

JUAN. ¡Yo á vos! ¿Pues qué me habeis hecho?

ALONSO. (¡Las lágrimas se me saltan!)

JUAN. Tomad de mí, caballero,
si lo sois, esta palabra.
Aunque fuérades mi hermano,
que es el alma mas ingrata
para conmigo en el mundo,
estas venas me rasgara
en viéndoos pobre, que yo
lo he sido tanto en su casa,
que en viendo á un honrado pobre
se me rompen las entrañas.

ALONSO. ¿Cómo sufrirán las mias,
hermano, tales palabras? (*Sollozando.*)
Yo soy don Alonso, yo,
que vengo á darte venganza.
Vesme aquí á tus pies, don Juan.

JUAN. ¡Señor mio de mi alma! (*Abrazándole.*)
¿Vos á mis pies? ¡Yo á los vuestros!
Esta, hermano, es vuestra casa.

¡German, luces aquí, presto!

ALONSO. No puedo hablar.

OCTAVIO. Esto basta
para ver...

JUAN. ¿Quién es?

OCTAVIO. Octavio. (*Trae luces German.*)

JUAN. Di á tu señora que salga.
(*A German que se queda al paño.*)
Quiero ya que conozcais,
don Alonso, á vuestra hermana.

ALONSO. Cuando no puede la lengua,
mi señor, los ojos hablan.

GERMAN. Ahora «Mi señor» ¡lindo!
¡Oh tiempo! ¡Cuantas mudanzas!
Que don Juan su hermano albergue
de cristiano es noble hazaña:
pero aquel mayordomillo
que la racion nos quitaba.
¿Por qué ha de venir aquí?
Darele poca pitanza. (*Váse.*)

JUAN. No me hableis, hermano, ya
de las desdichas pasadas;
un ángel Dios nos envia,
Hipólita, á remediarlas.
Vedla aquí.

ESCENA XIV.

DON JUAN, DON ALONSO, LA CONDESA, DOÑA CONSTANZA, DOÑA INES, OCTAVIO, GERMAN *y* DURANGO.

CONDESA. ¡Don Juan! ¡mi dueño! (*Abrazándole.*)

JUAN. ¡Dulce señora del alma!
Sosiéguese vuestro pecho:
las paces están tratadas...

CONDESA. Mas espusiste una vida
que la mía me costara...

JUAN. Seguro estaba mi pecho:
tu imágen le abroquelaba.
En fin, Hipólita mia,
ya el siciliano se embarca ..
Mis señoras, perdonadme

lo descortés...

CONDESA. Todo pasa
cuando es el amor la escusa.

INES. Y tal mujer la que se ama.

JUAN. Vos en mi ausencia, señora,
me tragísteis convidadas:
pues yo os tengo un convidado
que en buen hora el cielo traiga.

CONDESA. ¿Con vos quién no vendrá bien?

JUAN. Esposa, hoy honra esta casa
don Alonso, mi señor.

CONDESA. ¡Vuestro hermano! ¡dicha estraña!

ALONSO. Dadme, señora, los pies.

CONDESA. Nó, los brazos de una hermana.

ALONSO. Teneis razon: ¡es un ángel! *(A D. Juan.)*

JUAN. Señora doña Constanza,
mi hermano ha desempeñado
ya sus joyas y su casa...

ALONSO. ¿Qué dices? *(Ap. á D. Juan.)*

JUAN. Fue la Condesa.

ALONSO. ¡Oh gran señora!

JUAN. Mas calla.
Yo sé que está arrepentido *(A Constanza.)*
de corazon de sus faltas,
y con la sangre que corre
en sus venas limpia y clara,
quien se arrepiente una vez,
no volverá á las andadas.
La contricion...

ALONSO. ¡Oh, sincera!

JUAN. ¡Ya sabeis que el cielo alcanza..!

CONSTANZA. Cuando con firme propósito
se ve la perseverancia.

ALONSO. Si al tiempo lo remtis,
no renuncio á la esperanza.

CONDESA. Y si ella con sus desdenes,
don Alonso hermano, os cansa,
á mí don Juan preguntarle
como diamantes se labran,
como de lejos se sirve,
como callando se habla,
de amigas se hacen terceras,

intercesoras las aguas,
y de las flores fingidas
cadenas que al pecho enlazan.

JUAN. ¡Flores de fruto sabroso!

CONDESA. Flores que nunca se acaban
las de virtud, mi don Juan,
que las demas pronto pasan.

DURANGO. ¿Qué dice el seor mayordomo?

GERMAN. Que ya todo es fiesta y gala;
que á pobre y rico trocados
juntó amor en una casa;
y que si el público á Lope
concede algunas palmadas,
de las flores de don Juan
en bien la comedia acaba.

Don Juan besa apasionadamente la mano de la Condesa. D. Alonso la de D. Juan. Cuadro general

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE SUSCRICION Y VEÑTA.

Madrid: ***librerías de Cuesta, Rios, Matute y Publicidad.***

—

PROVINCIAS.

Albacete.	Cuartero.	*Lorca.*	Delgado.
Alcoy.	Martí é hijos.	*Logroño.*	Ruiz.
Algeciras.	Monet.	*Málaga.*	Medina.
Alicante.	Ibarra.	*Murcia.*	Andrion.
Almeria.	Vergara y Compañia.	*Orense.*	Novoa.
		Oviedo.	Sanz.
Aranjuez.	Sainz.	*Osuna.*	Montero.
Avila.	Gayoso.	*Palencia.*	Brizuela.
Badajoz.	V. de Carrillo	*Palma.*	Rullan-Hermanos.
Barcelona.	Sauri.		
Benavente.	Blanco.	*Pamplona.*	Imprenta de la Ilustracion.
Bilbao.	Velasco.		
Burgos.	Calle.	*Pontevedra.*	Andrade.
Cáceres.	Gallardo.	*Puerto de Santa Maria.*	Valderrama.
Cádiz.	Moraleda.		
Córdoba.	L. de la Torre.	*S. Fernando.*	Meneses.
Cuenca.	Mariana.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Bonnet.
Castellon,	G. Otero.		
Ciudad Real.	Gonzalez.	*Santander.*	Riesgo.
Coruña.	Perez.	*Santiago.*	Sanchez y Rua.
Ferrol.	Tajonera.	*Soria.*	Rioja.
Gerona.	Palahi.	*Segovia.*	Alejandro.
Gijon.	Abreu.	*S. Sebastian.*	Baroja
Granada.	Zamora.	*Sevilla.*	Fee.
Guadalajara.	Marchs.	*Salamanca.*	Torres.
Huelva.	M. Lopez.	*Tarragona.*	Puygrubi.
Huesca.	Martinez.	*Toledo.*	Hernandez.
Jaen.	S S. Sagristá y Compañia.	*Teruel.*	Perez.
		Ubeda.	Gorriz.
Játiva.	Bellver.	*Valencia.*	M. Garin.
Jerez.	Bueno.	*Valladolid.*	Rodriguez.
Leon.	Redondo.	*Vitoria.*	Ormilugue.
Lérida.	Sol.	*Zamora.*	Pimentel.
Lugo.	Pujol y Masia.	*Zaragoza.*	Gallifa.